

JUAN LLORÉNS MARTÍNEZ

VIDA DE ENSUEÑO

COMEDIA DRAMÁTICA



SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES

IMP. JOSÉ SOLER

VIDA DE ENSUEÑO





10
[5]

JUAN LLORÉNS MARTÍNEZ

VIDA DE ENSUEÑO

COMEDIA DRAMÁTICA EN
DOS ACTOS Y EN PROSA

ORIGINAL

ESTRENADA CON BUEN ÉXITO EN EL ATENEO VALENCIANO LA NOCHE DEL 4 NOVIEMBRE Y EN EL TEATRO DE LA PRINCESA EN 11 DICIEMBRE DE 1917

VALENCIA.—1919

IMPRENTA DE JOSÉ SOLER
Beato Gaspar Bono, 11 al 17

A D. Braulio Algarra

Sin adjetivos

El Autor

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
OTILIA	Isabel Ventura
DESAMPARADOS	Matilde Senís
SUSANA.	Vicenta Guillén
ELVIRITA (niña de 9 años) .	Niña Pluchau
DOMÉSTICA	Rafaela Martínez
CARLOS VÁZQUEZ . . .	Juan Méndez
D. JULIÁN	José Aurioles
ENRIQUE	Manuel Granell
ARMANDO.	José M.ª Herrero
SIGÜENZA	Mateo F. Chicarro
UN CRIADO	Ricardo Dasí

Epoca actual

Derecha e izquierda, del actor



ACTO PRIMERO

Salón lujosamente amueblado. Puerta en primer término lateral derecha; en segundo, balcón. Puerta en primer término lateral izquierda, y en segundo, puerta o pasillo que figura la entrada al salón. Al foro, puerta amplia. Segundo término foro, artísticas vidrieras, y último término, balustrada de terraza y fondo jardín. Es noche de luna.

ESCENA PRIMERA

JULIÁN, ARMANDO, SUSANA y SIGÜENZA

Al levantarse el telón, estarán todos los personajes sentados, distribuídos a gusto de la dirección, saboreando una taza de té.

JULIÁN

¿De manera que pensáis que el amor lo resuelve todo?

ARMANDO

Sí. El amor todo lo satisface.

SIGÜENZA

Llena un hueco en la vida.

JULIÁN

La juventud no para en mientes. Día llegará que os producirá hastío.

ARMANDO

Mientras ese día llega, opino que debemos rendirle espléndido homenaje.

SIGÜENZA

¡Cómo no! Yo entiendo que es imprescindible. Que lo diga Susana.

SUSANA

Mi opinión es parcialísima. Nosotras no podemos sustraernos a sus encantos. ¿Hay nada más halagador?

ARMANDO

Sobre todo, cuando se cifra en él la esperanza.

SIGÜENZA

Yo de mí, sé decir, que unos ojos de mujer que expresen bien, me enloquecen.

JULIÁN

Y a mí me lastiman. No puedo mirarlos sin anteojos.

ARMANDO

Usted los verá mejor con los gemelos del revés.

SUSANA

A mí los ojos masculinos me enamoran, sobre todo, si son escrutadores. Es una arma de la que se valen los hombres para flecharnos con facilidad.

ARMANDO

¿Por ventura has sido objeto de su iracundia?

SUSANA

Más que objeto, he sido víctima de ellos. ¡Qué manera de mirar! Parecía que iban a comérsela a una. Pero confieso que lo he sido a gusto; no me arrepiento de tal fascinación.

ARMANDO

Tú lo mereces todo, Susana.

SUSANA

Acepto la lisonja. La simpatía manda en todo.

ARMANDO

Levantándose. ¿Serías capaz de enamorarte de los mios?

SUSANA

Con coquetería. ¿Por qué no? ¡Si los encuentro bellos!

ARMANDO

Con júbilo. Gracias, Susanita, muchas gracias. Me alboroza tu ingenuidad. Siéntase de nuevo.

SIGÜENZA

Se levanta y paséase con aire de presumido por delante de Susana.

Y de los míos, ¿no tienes nada que decir?

SUSANA

¡Dicen tan poco...!

SIGÜENZA

¡Susana! ¡Que te amo!

JULIÁN

Oye, Sigüenza, déjalo para otro rato y no perturbes la conversación.

SIGÜENZA

¡Don Julián, que no hay derecho! ¿No vale nada mi caída de ojos?

JULIÁN

Tu caída no hay quien la levante.

SUSANA

Con mimo. Ven aquí, amor mío. Saborea un poco el dulce néctar de mi existencia.

SIGÜENZA

Bebiendo. ¡Qué rico! ¡Sabe a gloria!

ARMANDO

Algo contrariado. ¡Don Julián, que no hay derecho! Que el té *sabe* éste que es mi predilección.

JULIÁN

¿Quiéres del mío?

Siéntase Sigüenza.

ARMANDO

Gracias. El suyo ha perdido el aroma.

JULIÁN

Es verdad.

SUSANA

Toma, Armandito. *Este se levanta gozoso y haciendo visajes, burlándose de Sigüenza.* Apura el licor. La miel, se saborea mejor al final de la jornada.

ARMANDO

Y más habiendo posado los lábios una mujer tan exquisita.

SUSANA

¡Qué poético estás! ¿Qué musa te inspira?

ARMANDO

Embebecido con ella. ¿No lo adivinas, encanto de mujer?

SIGÜENZA

A Don Julián. Ponga coto a los desmanes del gaznápiro éste, o me encorajino.

JULIÁN

Chungueándose. ¡Armando! ¡Armando! No le provoques con tus flaquezas, que se encorajina.

ARMANDO

Con entonación. ¿Y qué se me importa a mí, que se encorajine vos?

SIGÜENZA

A Susana. Tú serás la responsable de tamaño desafuero.

SUSANA

¡Sigüenza, por Dios! Que me obligarás a que vista luto, y ya sabes que no me favorece.

SIGÜENZA

¡No te favorece, no te favorece! ¿Y está bien lo que estás haciendo conmigo?

JULIÁN

Bueno, dejaros de tonterías.

SIGÜENZA

No son tonterías, que ocupa el sitio más distinguido de mi corazón.

SUSANA

Te agradezco la distinción en que me tienes. Pero seguramente has olvidado que no puedo corresponder a tu vehemente cariño.

SIGÜENZA

¿Por qué?

SUSANA

Porque no serías capaz de comprenderme aunque cien años me tratases. En más de una ocasión me has llamado coquetuela, porque bromeo. ¡Como si nuestra existencia fuera otra cosa que una ironía! Tomar la vida en serio, es vivir supeditada a la preocupación de los demás, y quien piensa así, se causa un perjuicio.

ARMANDO

Filosofas con naturalidad. Eso me gusta.

SUSANA

¿Crees tú, *ilustre* Sigüenza.....

SIGUENZA

Aparte. (Se me pitorrea.)

SUSANA

.....que se te puede tomar en serio?

SIGÜENZA

De serio me precio.

SUSANA

Riendo. No lo puedo remediar; me causas risa.

ARMANDO

Riendo. Y a mí también.

SIGÜENZA

A Julián, con sorna. ¿Y a usted también le hago reir.

JULIÁN

Para eso te concedo poca gracia.

SIGÜENZA

¡Vaya! Acabaré por reirme yo también. Dirigiéndose a Susana y Armando. ¡Sí! Reirse, papanatas.

JULIÁN

Sigüenza, no desbarres.

SIGÜENZA

No me queda otro remedio que reconocer que la única persona con quien se puede alternar en esta casa, es Otilia.

SUSANA

¡Claro! Es la única que te considera. Ensalzas sus atractivos y te paga con la única moneda de que puede disponer.

SIGÜENZA

Porque tiene más sentido que vosotros, par de zorroclocos.

JULIÁN

Sigüenza, no *zorroclees*. Usa de más finos modales o me veré precisado a recordarte que no estás en tu casa.

SIGÜENZA

Usted perdone; pero es Susana la que no corresponde a las atenciones de su bondadosa hospitalidad.

ARMANDO

Exageras en demasía. Y puesto que te estás poniendo inconveniente, me erijo en defensor suyo y solicito en su nombre que no te ocupes para nada de ella.

SIGÜENZA

Poco lucimiento te dará la defensa de esa causa.

ESCENA II

Los mismos y OTILIA por primera derecha

OTILIA

¿Qué pasa, que encuentro los ánimos soliviantados?

ARMANDO

Nada; cosas de éste. Por Sigüenza

SIGÜENZA

¡Gracias a Dios que se la ve a usted, belleza incomparable!

OTILIA

Vamos, no empieces con cosas de las tuyas, porque acabaré por indiferenciarme contigo.

ARMANDO

¿Qué tal? ¿Te sabe a gloria el piropito?

SIGÜENZA

No seas niña. No merecen mis palabras que te pongas seria.

OTILIA

Lo he dicho con naturalidad. No es enfado lo que me producen tus halagos. Es que no te das cuenta de que el ambiente en que te desenvuelves no es el más a propósito para tener mi nombre en constante publicidad. Piensa menos conmigo y más en lo que te conviene.

SIGÜENZA

Sería idiota si no supiera interpretar el sentido de tus palabras.

OTILIA

Más vale así.

SIGÜENZA

Permíteme que te diga que militas en el error.

OTILIA

Bien sé lo que me digo.

SIGÜENZA

Pues en esta ocasión has sido víctima de tu temperamento.

JULIÁN

Con fruición. Ya me va gustando a mí esto.

OTILIA

Pues si crees, papá, que voy a darle gusto a éste, estás equivocado.

SUSANA

A Armando. Hay vientos de fronda.

ARMANDO

Seamos espectadores en la contienda.

SIGÜENZA

Levantándose. Otilia, necesito defenderme de una suposición.

OTILIA

No hace falta.

SIGÛENZA

¿Qué cargos, vamos a ver, tienes que hacerme a mí?

OTILIA

Sé que vas diciendo por ahí, que no imperas en mi corazón, porque no te lo has propuesto. Tienes poca talla para *Emperador*.

SUSANA

Bajan los cambios, Sigüenza. La moneda ha sufrido depreciación.

ARMANDO

Con sorna. Te acompaño en el justo dolor que produce en tu ánimo esa baja.

SIGÜENZA

Vamos, no acierto a comprenderte.

OTILIA

Pues me parece que no titubeo; bien claro lo he dicho.

SIGÜENZA

No, si quien titubea soy yo. Porque no habiendo pretendido ni mentalmente siquiera ser *Emperador*, como tú dices, me complazco en manifestarte que sé bien el terreno que piso.

ARMANDO

Muy blando, amigo, muy blando..... has estado en tu defensa.

SUSANA

Debes atacar con más coraje; eres muy pobre de espíritu.

JULIÁN

¿De espíritu nada más? Yo creo que también lo es de entendimiento.

ARMANDO

Pues él no lo entiende así.

SIGÜENZA

Viéndose desairado. ¿Queréis ver cómo me marcho y no vuelvo a pisar más esta casa?

OTILIA

Harías mal. Ya sabes que hay la suficiente confianza para decir las cosas sin el velo de la hipocresía.

SIGÜENZA

De acuerdo; pero no creo que hay derecho a ponerse tonta. Con ironía.

OTILIA

Contrariada. Me juzgas con dureza. Yo, en cambio, desciendo al nivel de tu conducta y, sin proponerme traspasar los límites de lo correcto, he de manifestarte que las expresiones duras están exentas del aliciente que lleva consigo la aureola de la simpatía.

ARMANDO

Has caído en la idiotez.

JULIÁN

(De este lagarto no va a quedar ni el rabo.)

SIGÜENZA

Bien. Me estoy dando cuenta de que aquí sobra uno.
Medio mutis

OTILIA

Presumo que estás en tu sano juicio.

SIGÜENZA

¿Por qué puerta saldré más pronto?

JULIÁN

Elige la que quieras.

SUSANA

Yo creo lo más natural que salgas por el balcón.

JULIÁN

O por la terraza.

OTILIA

El jardín tiene muchos atractivos.

SIGÜENZA

Pues..... no me atrae.

ARMANDO

Hazte el ánimo; nosotros te ayudaremos.

SIGÜENZA

¿Hay..... descensor?

JULIÁN

Todo el espacio es tuyo.

SIGÜENZA

Después de asomarse al balcón. O yo me siento muy pequeño, o el espacio me parece demasiado grande.

OTILIA

Hay grandezas que al perder el equilibrio se convier-

ten en..... menudencias. Tú eres un punto minúsculo ante esa inmensidad.

SIGÜENZA

Bueno, pues..... hagamos punto. Renuncio a aeroplanizar, porque me mareo. El vértigo no me seduce.

OTILIA

Siento que renuncies a tan gallarda empresa. Tu corazón se siente incapaz de acometer algo grande, que le dignifique ante los ojos de la mujer que te creía sublime.

SIGÜENZA

¿Sublime yo? Estás mal informada.

OTILIA

Estoy persuadiéndome de que eres un ente vulgar.

SIGÜENZA

Todo lo vulgar que tú quieras, pero no me avengo al sacrificio. Señores, si a ustedes les parece bien, saldré por la puerta grande.

Se retira ceremoniosamente por segunda izquierda.

ESCENA III

Dichos, menos SIGÜENZA

JULIÁN

Otilia, acostumbra a tratar a los amigos y a decir las cosas con más delicadeza.

OTILIA

¡Papá, si es un chiflado!

JULIÁN

Será todo lo chiflado que quieras, pero con su faz sonriente no demuestra las penas que su estado debe proporcionarle. Es un chico laborioso, honrado, entusiasta, con ribetes de poeta.

OTILIA

Eso sí. Puedo asegurar que *compone* versos; aun conservo un *soneto* que me escribió a raíz de pedirme con gran insistencia que le amara como a Dios, sobre todas las cosas.

SUSANA

No ignoramos que eres apasionada de la Poesía.

ARMANDO

Y que el romanticismo tiene un lugar preeminente en tu corazón.

OTILIA

No niego que me gusta solazarme en las melancolías de Rubén; que leo con frecuencia a Bequer; que me recrean los versos de Espronceda.....

JULIAN

Hija, ese era un libertino.

OTILIA

Que mi poeta favorito es Campoamor.

JULIÁN

Bien; déjate de monsergas.

OTILIA

¿Monsergas? Ahora podría yo decirte que trates las cosas con más delicadeza.

JULIÁN

Bueno, lo llamaremos como quieras; ¡a qué vamos a discutir!

ARMANDO

Dice bien don Julián. ¿A qué hora se cena en esta casa?

SUSANA

¡Cuidado que eres atrevido!

JULIÁN

Espero una visita.

OTILIA

¿De quién se trata?

JULIÁN

Esta mañana recibí este telegrama *Lo enseña.* que me alegró en gran manera. No eres capaz de adivinar quién honrará esta noche nuestra mesa, con motivo de tu cumpleaños.

OTILIA

Las de Galván, que nos prometieron pasar el verano con nosotros.

JULIÁN

Andas algo distanciada.

OTILIA

Las de Junquillo, que quedaron en anunciarnos la boda de Merceditas.

JULIÁN

Tampoco.

OTILIA

No acierto a comprender cual sea el motivo de tus ansias.

JULIÁN

Mi mejor amigo; el hombre que más estimo por su nobleza de carácter, por su hidalguía, por sus bellas cualidades.

OTILIA

¿Quién es ese hombre de cualidades tan bellas?

JULIÁN

Carlos Vázquez.

OTILIA

Con alborozo. ¡Oh, qué alegría! ¡Carlos!..... ¿Cuándo llega, papá? ¿Cuándo llega?

JULIÁN

¡Hija..... no parece si no que le esperas con más ansia que yo!

OTILIA

Con más ansia..... sí; con más alegría puede que también.

JULIÁN

Nunca te has expresado en la forma que hoy lo haces.

OTILIA

¿No eres el eterno cantor de que las ideas evolucionan, a veces sin darse cuenta? Pues eso me sucede a mí, que evoluciono..... pero dándome cuenta.

JULIÁN

¡Hola! ¡Hola!.... ¿Acaso, Carlos?....

OTILIA

Simpatía nada más.

SUSANA

Es un buen mozo, agradable, fino.....

OTILIA

Y que sabe hablar al corazón. Se expresa muy bien. No hay frase que no subyugue; no hay movimiento que no enamore; no hay mirada que no enternezca..... ¡Es un caballero! ¿No opináis vosotros así?

ARMANDO

A Susana. ¿Tú, qué opinas?

SUSANA

Que aquí hay idilio, y lo demás..... corre de nuestra cuenta.

ARMANDO

¿Ahuecamos?

SUSANA

Sé discreto.

ESCENA IV

Los mismos y DOMÉSTICA, segunda izquierda.

DOMÉSTICA

Con permiso. Señor, una carta.

JULIÁN

A ver. Vase Doméstica.

OTILIA

¿Vamos a la terraza?

ARMANDO

¿Se respira bien?

OTILIA

Al menos, sin dificultad.

ARMANDO

El oxígeno es indispensable.

SUSANA

Y el ambiente más en armonía con la situación. ¿No te parece? A Armando.

OTILIA

Sé discreta.

Otilia, Susana y Armando se van por el foro.

ESCENA V

JULIÁN

Leyendo. «Mi estimado Julián: Soy víctima de un contratiempo. El Jurado ha dictado su fallo, sin admitir las atenuantes de obcecación y arrebato. En consecuencia, la Sala ha impuesto al delincuente la pena pedida por el Fiscal. Aunque he recurrido a los efectismos sentimentales, que son tan peculiares en mi defensa, no he conseguido causar impresión en el ánimo del Jurado. Participale a doña Celsa, mi insuficiencia y significale mi sentimiento por la condena de su recomendado. Manda cuanto gustes a tu amigo *Gonzalo.*» Hablado. ¡Infeliz desdichado! El delito es grave, pero la sentencia es en extremo dura, implacable. No parece si no que nuestros legisladores conciben las leyes para aplicarlas a los demás, siendo ellos muchas veces merecedores de someterse al rigorismo en que están redactadas. No existe piedad. Sin duda alguna, el que delinque no tiene derecho a que le juzguen más que con la Ley escrita. Y el rigorismo tiene sus quiebras, porque, en vez de enmendar, crea muchos factores perniciosos para los efectos que de la misma Ley se deducen. En fin Se levanta. ¡qué vamos a hacerle! Hay que concretarse a ver las cosas tal como son, no como nosotros quisiéramos que fuesen.

ESCENA VI

JULIÁN. CARLOS, por segunda izquierda. Al final DOMÉSTICA

CARLOS

¿Hay permiso?

JULIÁN

¡Oh, Carlos! Adelante. Se abrazan.

CARLOS

Mi buen don Julián.

JULIÁN

¡Qué! ¿Cómo te ha ido el viajecito?

CARLOS

Bien y mal.

JULIÁN

Le invita a sentarse. ¿Quiéres decir que tus cuentas no se han ajustado a tus planes?

CARLOS

Precisamente. Hablé con el Ministro, y ya sabe usted cómo las gasta esa gente. Mi carácter es impropio de adulaciones, pero hay momentos en la vida que las circunstancias aconsejan el que, aparentemente, se muestre uno al contrario de cómo es. Y eso, precisamente, ha sucedido.

JULIÁN

Te han recibido con frialdad?

CARLOS

Algo ha habido de eso. Los muchos compromisos, las muchas atenciones, que si el Director General, que si el Subsecretario...., en fin, al cabo de muchos rodeos pude hacerme con él, y..... ¡nada!

JULIÁN

¡Vamos; que has cargado con el viajecito....!

CARLOS

Y las costas.

JULIÁN

A propósito de costas. Acabo de recibir una carta en la que se me comunica una sensible noticia. ¿Te acuerdas de nuestro contertulio Rogelio?

CARLOS

Sí. Aquél mocetón filósofo que en nuestras reuniones permanecía siempre cabizbajo y en completa afonía.

JULIÁN

Aquel, precisamente. Recordarás que en un momento de ofuscación mató a su mujer.....

CARLOS

Por inflagante delito de.....

JULIÁN

Eso es. Pues bien, ayer fué condenado por el Jurado de la sección segunda.

CARLOS

¿Condenado?

JULIÁN

Cosa que nadie esperaba. El primer sorprendido ha sido el amigo Gonzalo, encargado de su defensa.

CARLOS

Con sentimiento. ¡Condenado!

JULIÁN

La Ley es implacable, Carlos.

CARLOS

¡Póbre amigo! ¡Tan amante de la libertad....! Un panegirista del Derecho, cazado en sus propias redes.

JULIÁN

¡Yo he sentido como propia esta desgracia!

CARLOS

Sí, es cierto. Una desgracia es perder el juicio. ¡Póbre Rogelio!

JULIÁN

La verdad es que hay mujeres malas.

CARLOS

Y hombres que, en vez de cerebro, poseen un generador a presión.

JULIÁN

Las pasiones son engañosas, Carlos.

CARLOS

Cuando no se urden bajo los auspicios de la razón.

JULIÁN

Pero tú convendrás conmigo que cuando uno pierde el seso.....

CARLOS

¿Para qué existe el raciocinio? ¿Acaso el hombre no está dotado de un grado superior de inteligencia para poder discernir sin afectaciones y con serenidad de juicio los actos que envuelven una ofensa a la dignidad y decoro del individuo?

JULIÁN

Así debiera ser; pero es el caso.....

CARLOS

Que somos así: no encontramos más solución para lavar una mancha que denigra, que matar. ¡Esa es la única y suprema razón, matar!

JULIÁN

¿Pero vas a poner juicio en un cerebro que no lo tiene? ¿Vas a hacer comprender a un hombre exaltado,

que la persuación, que el consejo, son armas a propósito para borrar una ofensa difícil de reparar?

CARLOS

Hay que pensar con la cabeza y obrar con comedimiento.

JULIÁN

Carlos, hay manchas que por mucho que uno intente quitarlas, sus esfuerzos se estrellan ante la constancia en la reaparición.

CARLOS

¿Pero, quién es aquí el manchado? ¿Quién sale perdiendo, la adúltera o el ultrajado?

JULIÁN

Chico, me colocas ante un dilema que, la verdad, concluiré por no saber quién de los dos merece la palma del martirio, si el manchado..... o la que mancha.

CARLOS

¿A quién desprecia la sociedad? Al que desdora; al que mancilla, y ¿cree usted, don Julián, que no es suficiente castigo el que la sociedad impone al culpado? ¿Es preciso matar? ¿No dispone el hombre de medios al alcance de su razón, que no le conviertan en vil..... parricida?

JULIÁN

¡Carlos!

CARLOS

¿Hay derecho a matar a una mujer?

JULIÁN

No hay derecho, es cierto; pero.....

CARLOS

Ese *pero* es el que nos coloca en situación difícil. El hombre podrá luchar en condiciones de defensa, ante la acción agresiva de un temperamento; más debe contenerse, pues por algo dispone de la fuerza y la razón. Debe capacitarse de que la mujer, por su constitución, es impresionable y, por tanto, carece de elementos muchas veces faltos de equilibrio.

JULIÁN

Admirado. Te encuentro muy cambiado. Se conoce que no has tenido a tu lado una mujer..... de las de cáscara amarga. Aun eres joven; tus teorías son muy bonitas para escuchadas, pero ya..... ¡ya vendrán tus años....! Ya *cursarás* el texto de esas teorías que sustentas con injusto criterio, y entonces veremos si tu inclinación está de acuerdo con el juicio de que ahora tanto haces alarde.

CARLOS

¿Cree usted en la transformación de mis ideas?

JULIÁN

¡Ya lo creo! Todas las ideas, absolutamente todas, están sujetas a un principio de evolución. Se necesita

haber vivido mucho para darse cuenta de que la mujer es un mueble, del cual puedes sacar todo el partido posible, si con los golpes no produces deterioro.

CARLOS

Hay que rendirse a la evidencia.

JULIÁN

No discuto lo contrario. Así como digo que gustamos de que nuestra opinión prevalezca en todo.

CARLOS

Para eso somos demasiado egoístas. Queremos que la mujer sea perfecta, y empezamos por estar nosotros cuajados de imperfecciones. Deseamos, exigimos que no falten a sus deberes, y nosotros dejamos de cumplir los nuestros. Nos proponemos imperar con jactancia en el corazón de la mujer, y éste es voluble, rebelde, no puede sujetarse a una regla, a un orden determinado de cosas. No apreciamos lo que vale la mujer en sus varios aspectos. Nuestra perfidia nos induce únicamente a ver sus defectos, y nos resistimos a reconocer sus virtudes. Y es que para juzgar, no debemos concretarnos a ver las cosas desde un punto meramente material; hay que indagar, escudriñar la espiritualidad, la esencia de las cosas. Hay que buscar en lo más recóndito de su alma, la sensación de lo bello.

JULIÁN

Aparte. Estoy admirado.

CARLOS

Es el corazón de la mujer el centro donde se producen

las más vehementes sensaciones, los más ardientes deseos, los más puros sentimientos.

JULIÁN

Aparte. A éste me lo han contagiado.

CARLOS

La virtud es el perifollo con que la mujer se engalana. Pequeña pausa. La que está desprovista de ella, es cual nave sin rumbo en el océano de la vida.

JULIÁN

¿Sabes que te iría mejor una cátedra de moral, que la ciencia a que te dedicas?

CARLOS

¿Por qué dice éso?

JULIÁN

Porque si sigo escuchando tus pláticas..... de hombre enamorado..... (Movimiento negativo en Carlos.) sí; no lo niegues, de hombre enamorado, vas a hacerme tragar esa píldora compuesta de retazos filosóficos, y..... créeme, de aquí no pasa. Señalando la garganta.

CARLOS

No es esa mi intención.

JULIÁN

Créeme y no seas zote. A la mujer hay que mirarla con microscopio; exteriormente, mucha hermosura, mucho donaire, mucha escultura, ¿sabes?; pero aplicas el

lente y por todas partes no ves más que microbios, mucha bacteria, mucha..... bilis. Es una alimaña de cuidado.

CARLOS

Riendo. Se conoce que le ha tocado a usted la negra.

JULIÁN

Carlos, más vale no *meneallo*. Me han gustado mucho las mujeres y me gustan, ¡qué demonio! A mis años, aun se me van los ojos detrás de sus pisadas; aun percibo ese ambiente saturado de perfumes extravagantes que despiden a su paso, que me embriaga.

CARLOS

¿Qué motiva esos efectos?

JULIÁN

Mi manera de ser. Me impresiono sin darme cuenta. Y no es que sea enemigo de ellas; las respeto, las venero, las contemplo..... a ratos; pero deploro que las haya tan difíciles de comprender.

CARLOS

Vamos, usted es un escéptico.

JULIÁN

No negaré que lo sea; mas a ello conduce haber vivido tan de prisa.

CARLOS

Acepto sus teorías, pero no puedo tolerar que a la mujer se la trate con vilipendio. No hay en el mundo

cosa que se le iguale. Sus atractivos naturales, su alma, su bondad, el sufrimiento, el vivir siempre con la esperanza puesta en el corazón, la espera del día de mañana; ¿cabe mayor abnegación, mayor altruísmo en una mujer?

JULIÁN

Hay otra cosa mejor. Una camisa de fuerza que te está haciendo mucha falta. Estás obcecado, Carlos. ¡Parece mentira que los hombres de ciencia descendáis al terreno de preocuparse de..... pequeñeces.

CARLOS

¿Pequeñeces?

JULIÁN

Sí; pequeñeces, tonterías. ¿Puede existir tontería más solemne que la que el hombre comete cuando por propio impulso se hace esclavo de la mujer?

CARLOS

No saque las cosas de quicio. El matrimonio es necesario; es indispensable para el desenvolvimiento de la sociedad.

JULIÁN

Pues, nada, cásate. Se levanta. Ya veremos la mujer que eliges; porque los salmos que entonas en su honor, te obligan, indudablemente, al acierto.

CARLOS

Trataré de conseguirlo.

JULIÁN

Si logras encontrar un manojo de virtudes, cosa difícil, probará que el Dios éxito te acompaña en tus nobles empresas.

CARLOS

Puede que el éxito corone mis esfuerzos. He puesto los ojos en una mujer buena, tan cariñosa como modesta, tan sensata como virtuosa que, por su humildad, honra al autor de su existencia.

JULIÁN

¿Honra..... al autor de su existencia? Pues chico, felicita de mi parte a ese autor tan..... honrado.

Medio mutis.

CARLOS

Si la oportunidad es manifiesta.

DOMÉSTICA

Señor, los señores de Galván.

JULIÁN

Avisa a la señorita. Vase Doméstica, foro. Carlos, perdona; soy contigo al momento.

CARLOS

Usted manda en mi persona.

Vase Julián, segunda izquierda. Carlos se dirige al balcón.

ESCENA VII

CARLOS. OTILIA, por el foro, con ansia infinita.

OTILIA

¡Carlos!

CARLOS

¡Otilia! Se abrazan.

OTILIA

Me parecía que no volverías nunca. La ansiedad por verte era tanta, que temo no saber expresar lo que mi imaginación ha fantaseado. ¡Qué dichosa me siento al verte de nuevo junto a mí!

OARLOS

Deberes ineludibles; el pan nuestro de cada día; esa es la causa motivo de mi ausencia que me ha privado de admirar de cerca tu efigie seductora. Pero ahora que te miro, ahora que te contemplo con una devoción rayana en misticismo, puedo asegurar que te encuentro más guapa, más exuberante, más apasionada quizás..... ¿Verdad, Otilia?

OTILIA

No sé. No puedo explicarte esta corriente misteriosa que me atrae hacia ti, cual poderoso imán. El eco de tus palabras penetra en mi ser, me conmueve de tal forma que, aunque quisiera, me faltarían fuerzas para sustraerme a tus ardientes miradas.

CARLOS

¡Cuánto celebro encontrarte así! ¿Te crees conmigo dichosa?

OTILIA

No sé. Me tienes tan subyugada, me tienes tan cohibida, que paréceme imposible que la realidad pueda deshacer este nudo tan apretado en que permanecemos asidos el uno del otro. Con mucha pasión. ¡Carlos....! ¡No puedo ser de nadie más que tuya! ¡Tú eres el único dueño de mi corazón!

CARLOS

¡Ay nena, cuanto me satisfacen esas palabras! ¡Con qué fruición las he escuchado! *¡No puedo ser de nadie más que tuya! ¡Tú eres el único dueño de mi corazón!* Y dime, Otilia: ¿ese amor tan acendrado será eterno?

OTILIA

Sí.

CARLOS

Esa corriente misteriosa que te atrae hacia mí, seguirá siempre su curso?

OTILIA

Sí, Carlos.

CARLOS

¿No se detendrá en el camino?

OTILIA

¡Imposible! No existe fuerza humana que se interponga.

CARLOS

¡Cuánto te agradezco esta muestra inefable de tu cariño! ¡Sublime porvenir el que nos espera! Constituiremos un hogar; crearemos una familia; seremos dichosos..... ¡Qué más delicia, qué más felicidad! ¡Oh vida de ilusiones! Vivimos alentados por una esperanza que nos hace pensar en el mañana y, sin embargo, hay momentos que olvidamos nuestro presente. No acertamos a darnos cuenta de que estamos en la primavera de nuestra existencia. No comprendemos que nuestra juventud, cautivada por una sensación que nos da vida, nos empuja hacia el paraíso de nuestras ilusiones. ¡Hermosa vida la nuestra! Si fuera eterna, si no existiera ese cambio en la Naturaleza en que la realidad nos demuestra lo microscópicos que somos..... ¡Para qué más dicha!.... ¡Para qué más goce!

OTILIA

¿Crees, Carlos, que nuestras ilusiones no son imperecederas? ¿Dudas de nuestra felicidad? ¿No crees en el amor?

CARLOS

Sí. El amor es ese ambiente impalpable que sentimos y que es imperceptible a nuestra vista y nuestro tacto. El amor tiene su centro de energías en nuestro sistema, y nos hace mover a capricho de su voluntad, cual si fuéramos pequeños autómatas. ¡Qué sería de nosotros

sin este período de nuestra existencia! ¡Qué sería de la humanidad si la piedad y el amor, esas dos fases que aquilatan la vida del hombre, no se impusieran al dolor!

OTILIA

Nos amaremos siempre; nuestro emblema será el amor.

CARLOS

Ese será nuestro emblema. Pero es preciso que nuestra vida no salga de su natural cauce. Ilusiones, sí; pero mucha realidad. Nada de romanticismo. ¡Muchas aspiraciones! Yo no concibo al ser humano sin aspiraciones, porque un ser sin alma, sin aliento, es un ser abstracto, sin lógica ni raciocinio. Transición. ¿Has hablado a tu padre de nuestros amores?

OTILIA

Frases insinuantes nada más. No creo que se oponga. Él ha sido joven y habrá amado con la intensidad que nosotros nos adoramos. Si estuviera percatado de lo mucho que te adoro, sin duda vería con buenos ojos nuestras relaciones. Pausa. Sería injusto que tratase de impedir que te ame con todo mi corazón.

CARLOS

¿Imaginas que se oponga a nuestro cariño?

OTILIA

Esa oposición sería deplorable. Mas no fío en ella, al contrario, sería de su agrado, pues estoy persuadida de lo mucho que te quiere y que te tiene en estima.

CARLOS

Yo le hablaré, le pondré al corriente de nuestros secretos amores, y si consigo su venia, me consideraré nacido entre la felicidad y la dicha.

OTILIA

Sí, Carlos. No puedo soportar por más tiempo esta situación. Necesito una satisfacción completa; quiero tenerte a mi lado sin sobresaltos. Estar expuesta al disimulo, me coloca en situación harto difícil de contener.

CARLOS

Tienes razón. Esto no puede continuar así. Sale Julián y acomódase en actitud espectante. Aunque no coincidimos tu padre y yo en ideas de cierta índole, debo confesarle que estoy enamorado; que mi destino va unido al tuyo; que oponerse a nuestros amores, sería truncar la vida de dos seres que viven con el ánimo confortado por una sensación que nos empuja, que nos deleita, que nos acaricia.

ESCENA VIII

Dichos y JULIÁN

JULIÁN

¡Vaya, vaya, vaya....! ¡Conque os empuja, conque..... os deleita..... y además os acaricia....! ¡Otilia, eso es más que simpatía!

OTILIA

¡Es amor!

JULIÁN

Sí. Ya me estoy dando cuenta. A Carlos. Ahora me explico parte de tus teorías.

CARLOS

Teorías que mantengo, porque en ellas se cifra mi esperanza, un porvenir dichoso.....

JULIÁN

Y un paraíso de ilusiones, ¿no es eso?

CARLOS

Trata usted las cosas de un modo que desconciertan.

OTILIA

¿Consientes nuestros amores, papá?

JULIÁN

¿Qué he de decirte, si no rendirme a la evidencia? A Carlos. Carlos, hoy dejas huérfano de amor mi corazón, al tratar de alejar de mí esta flor tan temprana, que ha crecido en el jardín de mis amores. A Otilia. Hija mía, vas a unirte a un hombre todo bondad, todo corazón. Este hombre que ha leído en tus ojos la historia de un porvenir venturoso, al prendarse de tus galas, considérase feliz. Ámalo, cual merece, con ternura; quiérelo con incremento, ya que en él has puesto tus aspiraciones. No fijes en otro hombre tu mirada. Lastimarías los sentimientos de honradez y pulcritud, que siempre he

tenido por norma, y acabarías con mi existencia tan apacible y tranquila.

Aparecen Susana y Armando.

OTILIA

¡Nunca! Es imposible que nadie arranque de mi corazón la semilla que tan arraigadamente ha germinado y que me hace vivir en constante anhelo por este hombre.

CARLOS

Gracias, Otilia. Procuraré hacerme digno de rasgo tan generoso.

ESCENA IX

Dichos. SUSANA y ARMANDO, por el foro, habiendo oído las últimas palabras de OTILIA

ARMANDO

Y nosotros también nos consideraremos dichosos con que lleguen a feliz término vuestras andanzas por el paraíso del amor.

SUSANA

Y yo por mi parte procuraré que esa semilla de que hablaba Otilia, germine también en cierto corazón que está desposeído.

CARLOS

Esa alusión.....

ARMANDO

Sigo opinando que las alusiones están desprovistas de la sinceridad necesaria para que aquél, a quien van dirigidas, se dé por entendido. Pequeña pausa. Y hablando de otra cosa. Yo creo que la firmeza de estos amores debe consolidarse con unas botellitas de Champagne. A Julián. ¿No opina usted lo mismo?

JULIÁN

Lo creo lógico.

Toca el timbre y sale un Criado que, después de recibir órdenes, vase, apareciendo de nuevo con dos botellas de Champagne y copas.

SUSANA

Y además de lógico, necesario. Esa espuma transparente y efímera de vino tan delicioso, simboliza la alegría. Esta noche es de gratos recuerdos para tres seres.....

ARMANDO

Y nosotros debemos participar de esa alegría con la misma intensidad que estos tres seres.

ESCENA X

Dichos y SIGÜENZA, por segunda izquierda

SIGÜENZA

Seis, seremos seis seres.

ARMANDO

Tú desentonas en este admirable concierto.

SIGÜENZA

¿Llevas, por un casual, la..... batuta?

ARMANDO

Llevo..... lo que llevo.

SUSANA

¿Merodeabas, eh?

JULIÁN

Tú siempre rondando.

SIGÜENZA

Sería injusto si dijera lo contrario; pero ha poco ví deslizarse por la puerta del jardín a Carlos, y me sugerió la idea de venir a saludarle.

OTILIA

¿Con qué fin?

SUSANA

Con el fin de demostrar su galantería.

ARMANDO

Y su educación tan exquisita.

SIGÜENZA

Se me ha preguntado a mí y no permito se me usurpe un derecho legítimo. He venido por dos razones: a feli-

citar a Carlos por su satisfactoria llegada y, segunda, haciéndome cargo de la situación Por el Champagne. y parafraseando al refrán que dice: *vale más llegar a tiempo,* etcétera, etc., vengo a recrearme en la exquisitez del Champagne. ¿Van ustedes a negarme tal expansión?

JULIÁN

No, hijo; expansiónate a tus anchas. Hoy es día de júbilo en esta casa.

SIGÜENZA

Pues ha sido una idea feliz, por lo que veo.

Bebe de un sorbo el contenido de una copa.

JULIÁN

Por lo que ves no, por lo que verás.

SIGÜENZA

Tomando otra copa. Ya, ya estoy viendo que be..... beré más de lo que veo.

CARLOS

Ofreciendo una copa a Otilia. ¿Por qué brindamos, Otilia?

OTILIA

¡Porque nuestra felicidad sea interminable!

ARMANDO

Ofreciendo una copa a Susana. ¿Y nosotros, Susana?

SUSANA

Porque el eterno Cupido te anime, y tu mutismo deje de ser eterno.

JULIÁN

A Sigüenza. ¿Y tú, por quién brindas?

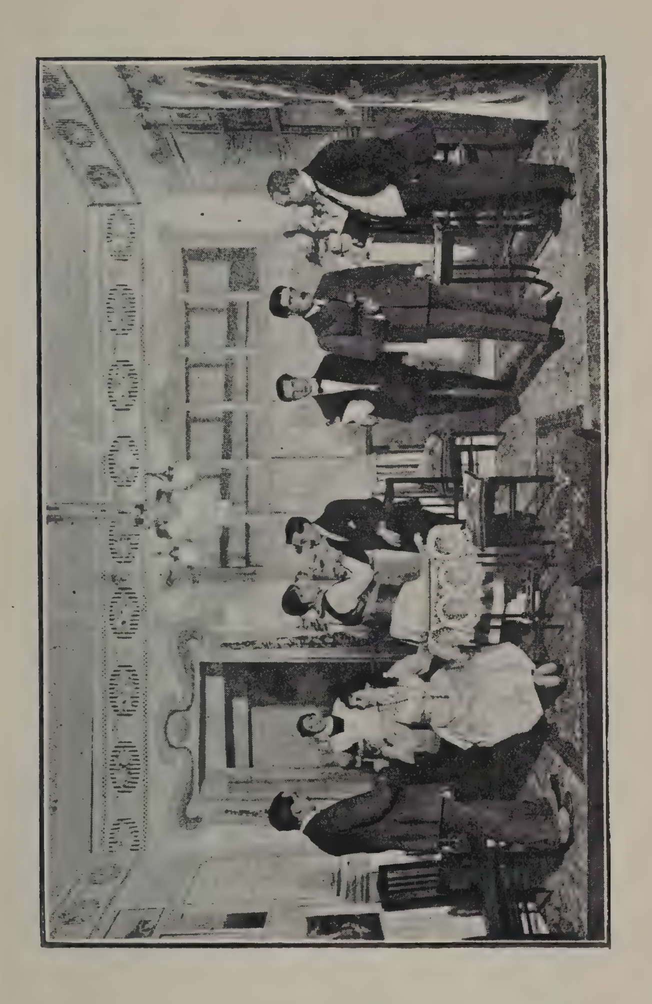
SIGÜENZA

Por santa paciencia y santa esperanza, que son de la humanidad los seres más resignados.

Beben todos formando tres grupos. A la derecha Carlos y Otilia; a la izquierda Armando y Susana, y en el centro Julián y Sigüenza, con los brazos entrelazados.

TELÓN LENTO

FIN DEL ACTO PRIMERO





ACTO SEGUNDO

Un pabellón en un jardín. Puerta al foro derecha. Al foro izquierda, un gran ventanal con cristales y puerta en primer término izquierda. En los laterales grandes planos adosados a la pared. Una mesa amplia, con los utensilios de un delineante. Forillo, árboles. Todo nuevo, pintura tonos claros, muebles fantasía, todo muy limpio, que se respire un ambiente de bienestar. Es de día.

ESCENA PRIMERA

OTILIA lee, bien acomodada en un sofá, un libro de Campoamor. CARLOS, está trazando un plano sobre la mesa de trabajo. Muéstrase impaciente; su espíritu trabajador, hállase contrariado por un malestar que le produce inquietud, desasosiego.

CARLOS

Me desespera este trabajo. He puesto en él los sentidos, porque bien pudiera ser la clave de futuros hechos, que han de hacer resaltar los méritos contraídos por mi labor diaria. Pausa. ¡Mi vista va perdiendo el esplendor de otros tiempos! Todas las cosas desmerecen con el

uso, hasta aquéllas de las que se guardan gratos recuerdos, al menos por lo que fueron, ¿verdad Otilia?

OTILIA

Embebecida en la lectura. Sí.

CARLOS

Siempre te encuentro lo mismo, fuera de mi conversación.

OTILIA

Sin levantar la vista del libro. ¡Perdona!.... leía en estos momentos.....

CARLOS

Atajándola. Para ti interesantísimos, ¿verdad?

OTILIA

Siempre encuentro interesante lo que leo.

CARLOS

¡Más que escucharme a mí, te interesan las humoradas de Campoamor!

OTILIA

Evidentemente, porque me parece que aquel gran poeta te ha conocido perfectamente cuando tan bien aquí te retrata.

CARLOS

¿Qué dice de mí ese buen señor?

OTILIA

Leyendo. «Te adoró el primer mes,
pero al siguiente,
ya era un frío deber
su amor ardiente.
¡Paciencia! Hoy como ayer, y ayer como antes,
nace y muere un amor en dos instantes!»

CARLOS

¡No está mal! ¡No está mal! Deja el trabajo y colócase frente a Otilia con ánimo de controversia. Mas me va no muy lejos de la cabeza, que te ha conocido a ti más fácilmente que a mí, cuando escribe tan juiciosamente:

«Le amó el año pasado,
y hace ya un siglo o dos que le ha olvidado.»

OTILIA

Mal puedo olvidarte, cuando te tengo siempre en rededor.

CARLOS

¡Cierto! Sin olvidar a tu poeta que dice:

«Se juraron casarse y se han casado.
Mas después de cumplido el juramento,
pensando cada uno por su lado,
no tienen de común, ni un pensamiento.»

OTILIA

¡Porque tú eres así en tus cosas! Fíjate:

«Te casaste y..... ¿lo ves? Ya te decía
que no iguala el afán con que se ansía

la dicha que se alcanza.....
Por ardiente que sea la esperanza,
al convertirla en realidad, es fría.

CARLOS

¡Comprendo tu desencanto! La ilusión se ha amortiguado en mí, ¿no es eso?

OTILIA

Yo no sé lo que será, pero en una noche, de gratísimos recuerdos, me dijiste con una oportunidad hoy envidiable:

«Yo soy tan orgulloso, que me alabo
de tener la altivez de ser tu esclavo.»

CARLOS

Bien. No discuto que tuviera tan horrible pensamiento. Pero lee al viejo asturiano que dice en sus «Doloras»:

«Obra el amor de modo
que todo lo hace y lo destruye todo.»

OTILIA

¡Amor!.... ¿Qué entiendes tú de amor? Deja el libro.

CARLOS

¿Tienes la exclusiva?

OTILIA

Ni en sueños.

CARLOS

Yo no entenderé de amor, a tu manera, pero mi juicio

llega al extremo de entender las cosas de diferente modo que tú las entiendes. Y que Campoamor está más conmigo que contigo.

OTILIA

Pruebas.

CARLOS

Coge el libro y lee al azar.

«Hay mujer que se juzga tan despierta,
que siempre piensa mal y nunca acierta.

Pónese a trabajar.

OTILIA

Razonas egoístamente; ¿qué se ha hecho de aquel Carlos tan amantísimo, tan admirador del menor detalle, tan embobado en mis cosas? ¿Qué se ha hecho? Pausa.

Leyendo. «¿Lo ves? Ya es tu marido,
y tu grande hermosura
la mira con el aire distraído
con que mira un patán una pintura.»

CARLOS

Sigue en lo que dice.

OTILIA

«Para pintar tu singular belleza
con colores risueños,
ya están mi corazón y mi cabeza
desiertos de esperanzas y de ensueños.»

CARLOS

Animándose y acercándose. ¡Perfectamente bien!... Sigue, sigue..... ¡No vaciles! Sigue.....

OTILIA

Mirándole fijamente.

«El esposo dormido, a quien no se ama,
ya es un muerto enterrado en una cama.»

CARLOS

¡Alto!

OTILIA

¿Sigo?

CARLOS

No, no sigas. Déjate ya de libros, y escúchame.

OTILIA

¿Escucharte a ti? ¿Qué me dirás tú que me enseñe más que este hombre? No llegaré a descreer nunca que eres un buen ingeniero y sí un mal poeta.

CARLOS

Pero, Otilia, ¿cuándo he de convencerte de que debes preocuparte de lo que te rodea?

OTILIA

¿Te parece bien a ti que he de faltar a mis devociones porque sí, porque te venga a ti en gana?

CARLOS

Hay tiempo para todo; pero tu obligación.....

OTILIA

Tú entiendes mucho de las obligaciones de los demás, pero no te das cuenta de las tuyas.

Con mucha ironía y levantándose.

CARLOS

¡Explícate!

OTILIA

No quiero discutir contigo; sabes lo suficiente.

CARLOS

Y tú ignoras lo que debías tener por sabido.

OTILIA

Está bien. Voy dentro.

Vase por la primera izquierda. Carlos la sigue, quedando en el umbral.

ESCENA II

CARLOS. DOMÉSTICA, por el foro

CARLOS

¡Eres incomprensible! ¡Cómo cambian los tiempos!

DOMÉSTICA

Desde el foro. ¡Señor!.... Doña Desamparados.

CARLOS

Que pase, y avisa a la señora.

Vase Doméstica, por el foro, y luego que haya entrado doña Desamparados, cruza la escena y vase por la primera izquierda.

ESCENA III

CARLOS

¡Desamparados! Nombre grato a mi mujer. Un compendio de recelos para mí. Me preocupa tanto esta muer, como me abochorna. No puedo vislumbrar el fin que persigue; su cultura llena de vacilaciones mi espíritu inquieto. Esta mujer siembra discordias con sus dulzuras. Mi educación me obliga a tolerar que frecuente mi casa. ¡Día llegará que pase ante sus ojos por mal educado!

ESCENA IV

CARLOS. DESAMPARADOS, por el foro

Desamparados es una mujer elegante; fluye de ella un ambiente de simpatía, de atracción: muestras de una libre cultura; entrará en escena con un aire de conquista, que demuestre la costumbre de alternar en sociedad.

DESAMPARADOS

¡Hola, Carlos!.... ¡Mi respetable don Carlos!

CARLOS

¡Felices!

DESAMPARADOS

Usted siempre el mismo, tan simpático, tan elegante, tan comedido, tan reservado.....

CARLOS

Favor que usted me dispensa.

DESAMPARADOS

¡Justicia! No sé cómo andará usted de simpatía conmigo, pero yo, débil mujer, puedo asegurarle que es tanta la simpatía que me merece, que hay momentos que el dominio me falta para demostrársela a viva fuerza.

Ríen ambos.

CARLOS

¡Por Dios! Agradecido y todo le temo.

DESAMPARADOS

¿Y Otilia?

CARLOS

Hace un momento se internó en las habitaciones. Debe saber ya que su íntima la espera.

DESAMPARADOS

Asuntillos sin importancia. Nos profesamos mutuo afecto, y no obramos sin consultarnos, aunque se trate de nimiedades.

CARLOS

Celebro que se entiendan con tanta facilidad. A mí sucédeme lo contrario. Ni se me consulta, ni se me atiende.

DESAMPARADOS

No tengo entendido eso. Exagera un poquito.

CARLOS

Sus informes son deficientes, con perdón.

DESAMPARADOS

No le contradigo. Pero, es que ustedes, los hombres, tienen un ímpetu arrebatador. Luego que se posesionan del bien adquirido, ese bien les molesta y enfada. Por cualquier cosa, el más insignificante detalle, que a nuestro juicio no tiene importancia alguna, ustedes lo ponderan y pretenden sacar un partido indebido en detrimento de nosotras, a veces de nuestro decoro.

CARLOS

No me siento capaz de discutir con usted, porque carezco de autoridad para ello. Pero la vida, o mejor dicho, todo lo que está relacionado con la existencia de dos seres que viven la vida bajo el aspecto de una unión inquebrantable, según la Ley, pero quebradiza según demuestra la realidad, créame, Desamparados, es materia más que suficiente para una amplia discusión.

DESAMPARADOS

Dispuesta estoy a refutar su opinión, si la creo equivocada.

CARLOS

Llegaría la discusión a términos disparatados; llegaríamos a cansarnos y las ideas volverían a renacer, qui-

zás con más gallardía, en quien asumiera la razón; con más terquedad, en quien dejara de tenerla.

DESAMPARADOS

Cada vez me persuado más de que usted, Carlos, que posee todos los atractivos, que tiene «chic», que reune condiciones apetecibles para hacer feliz a una mujer, sea un desengañado de la vida, y su desdén llegue al extremo de ver visiones en donde únicamente hay un fervor sin límites, por la esencia, por la espiritualidad de las cosas y las personas.

CARLOS

Me está usted induciendo, sin darse cuenta, a que explane lo que pienso, lo que en mi ser palpita. Vivir la vida como yo la vivo, sin afectaciones, la realidad por norma, el sentido como base, el juicio como guía y la esperanza como aliciente, es vivir acompañado de los elementos imprescindibles, ya que éstos vigorizan desde el sentimiento a la razón.

DESAMPARADOS

Es usted un polemista peligroso. Tiene razón Otilia, al decir que hay que guardarse de usted tanto como del diablo.

CARLOS

Otilia desconoce lo grande, lo sublime. Su sectarismo la empequeñece, la difumina ante la inmensidad del espacio en que se desarrollan las pasiones. Quiere estar bien con Dios y con el diablo. Su dualismo es evidente.

DESAMPARADOS

No exagere la nota, amigo Carlos; usted ve más allá de donde alcanza su inteligencia. Desconfía de sí mismo.

CARLOS

Me juzga usted apasionadamente. La vida de Otilia es reprobable. La metamorfosis sufrida en el corazón de esa mujer, no es para descrita. Es sensual; tiene inculcadas en su cerebro ideas irrealizables. No se aviene a razones. Hay, seguramente, quien la precipita en el desconcierto inmenso que la Humanidad resiste con espartana resignación. Suspira por el amor ajeno.

DESAMPARADOS

No, Carlos.

CARLOS

Sí; evidentemente, sí. Esa mujer, con cuya amistad tanto se precia, si no es mala, lo parece. Tiene sentimientos incomprensibles; aspira a algo superior que la enardece, la solivianta, la hace irresistible. Su cerebro no descansa, maquina, produce en demasía, porque han germinado en él ideas faltas de equilibrio social.

DESAMPARADOS

¡Carlos, por Dios!

CARLOS

A mí me repudia porque no me avengo a los hechos nunca demostrados de que camina por el sendero del bien. Hay que estar bien con Dios, en el que dice que cree a todas horas, pero que no olvide que en la tierra

hay algo tan sagrado (y perdone si mi opinión le es adversa) y es el amor a los hijos. ¡No hay nada más grande ni más sublime! Pausa.

DESAMPARADOS

Me estoy percatando de la incompatibilidad que existe entre ustedes. Difícilmente podrán aunar sus voluntades. Solamente me interesa hacer constar, que la fe, que tanto venera, no debe nunca ser motivo de chacota por su parte.

CARLOS

Respeto la opinión ajena, con la misma intensidad que deseo respeten mi propia. De eso a lo que nos separa hay un abismo.

ESCENA V

Dichos y OTILIA

OTILIA

¿Qué abismo es ese? ¡Hola, Desamparados; bien venida!

DESAMPARADOS

¡Otilia! ¡Estábamos peleándonos tu marido y yo!

OTILIA

¿Quién lleva la razón?

DESAMPARADOS

Los dos; ¿verdad, Carlos?

CARLOS

¡En la mía no cedo un ápice!

DESAMPARADOS

Es incorregible. No tiene ocasión de enmienda.

CARLOS

A Otilia. Con permiso de tu amiga, me retiro; así podréis entenderos mejor.

OTILIA

Haces bien en quitarte de enmedio.

CARLOS

Únicamente le ruego, Desamparados, no se deje apabullar, si trata de defenderme, si es que merezco defensa.

DESAMPARADOS

Ya sabe estoy siempre del lado de la razón.

CARLOS

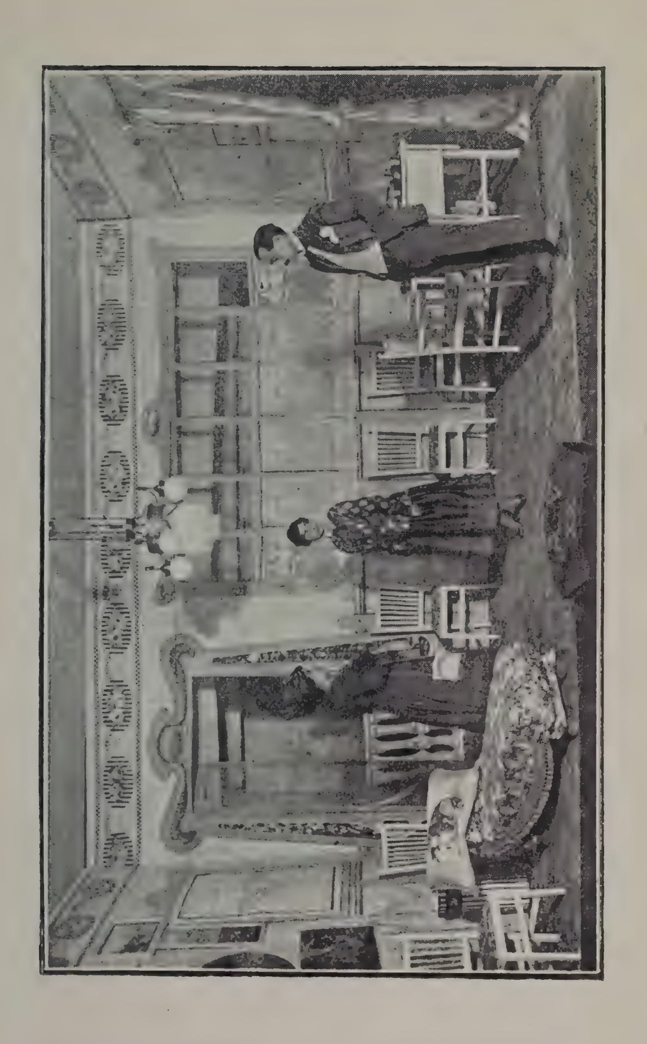
Sería lo menos que podría exigir. Pero, razonen ¿eh? razonen. A Desamparados, dándole la mano.

ESCENA VI

DESAMPARADOS y OTILIA

DESAMPARADOS

Tienes un marido bueno, ¡qué duda cabe! ¡pero se trae lo suyo! Es de los que peligran.



OTILIA

Estás en un error. Esta fiera se amansa con facilidad.

DESAMPARADOS

No tanto. Discrepamos. Lo que no me cansaré de repetirte, es que te has propuesto una cosa que es contraria a tus intereses.

OTILIA

No seas tonta. Desconoces lo que dan de sí los hombres. ¿Tú ves Carlos? Pues bien; sé que me dirás que es guapo mozo, elegante, que tiene aire de simpatía, que merece el sacrificio de adorarle. Fuegos de artificio; simpatía para los demás; todas le gustan, menos yo.

DESAMPARADOS

Como todos; no es nuevo.

OTILIA

Es vanidoso. Me mira con desdén; desearía tener un dominio sobre mí, de tal naturaleza, que quisiera me pasara las horas contemplándole con éxtasis. Todo para él. Contemplación nada más. Dicho con marcado interés. Y no es justo que yo, que le deseo con ansia infinita, que quisiera fuera mi vasallo, Imperativa. que su abnegación no tuviera límites, que se postrara a mis pies, que me suplicara, ¡sí!, no es justo que me trate con ese desvío, con esa ironía que no merezco y que hace que le odie más cada día.

DESAMPARADOS

¡Calla, Otilia; tú no conoces a tu marido! Le odias

porque le quieres; Otilia, niega. le amas, porque te domina; le aborreces, porque no se presta a ser tu esclavo. Confiésalo, mujer; ya ves, no tengo interés en ello; pero repito, que no conoces a tu marido.

OTILIA

No defiendas la sinrazón. Confieso la incompatibilidad que existe entre nosotros, pero confieso a ti, que eres mi amiga, que ese hombre, que tiene talento suficiente para discernir, es muy corto para amar. Pausa. ¡Los hombres de ciencia debían estar esceptuados para casarse!

DESAMPARADOS

¿Por qué razón?

OTILIA

Porque el trabajo les absorbe todo el tiempo, y el amor no recoge más que migajas. Y éstas, contaditas y como limosna..... ¡Son muy..... caritativos!

DESAMPARADOS

Otilia, ya es crónica esa enfermedad. La Humanidad lo dispone así, y todo no ha de salir a medida de nuestras necesidades. Si pudiéramos vislumbrar nuestro porvenir, muchas cosas dejarían de hacerse, y otras se harían a pedir de boca. Los temperamentos se adaptarían a las costumbres; las costumbres se desquitarían de esa aureola nefasta que lleva consigo los vicios y la maldad, y la Humanidad, sacrificando de su parte lo necesario, barrería toda la podredumbre de que está repleta y, modificando las costumbres, acabaría por santificarlas.

OTILIA

Hay momentos en la vida, que una se revela contra todo. Si el nudo matrimonial pudiera quebrantarse legalmente, ¡cuántas personas seríamos felices!

DESAMPARADOS

No hay más felicidad que la compatibilidad que pueda existir en todos los órdenes de la vida y del matrimonio.

OTILIA

Verdaderamente. Pero hay muchas causas que impiden que así sea. La educación que recibe la mujer es tan imperfecta, tan coercitiva que, obligada a discurrir entre moldes estrechos, sus pensamientos son de sí tan poco voluminosos, que se suceden unos a otros, siempre con la imagen puesta en el matrimonio. No tiene otra aspiración, ni piensa en que pueda ser o no compatible.

DESAMPARADOS

Si la enseñaran a ser libre y no tuviera que supeditarse al hombre para poder malcomer (porque no sabe hacer nada.....)

OTILIA

Atajándola. Lo que le enseñan.

DESAMPARADOS

Otra cosa sería de ella. No sabe más que lo rudimentario, lo imprescindible para acallar el intento voluptuoso del marido y, pasado tal momento, su cerebro no produce ideas que la enaltezcan ante los ojos de él, porque no le han enseñado a discurrir; rezar mucho, eso sí;

leer poco, porque se lastiman los ojos. De esa forma educada la mujer, ¿cómo es posible que pueda hacer frente a las necesidades de la vida? No tiene más remedio que aspirar al matrimonio, y una vez consumado éste, ya obra empíricamente y, como dice una frase vulgar: *aquí me las traigan todas*. Su dejadez llega al extremo de, que en muchas, el aseo y la limpieza dejan bastante que desear. Con ese *cliché* tan bien impresionado, ¡claro está! muchos no se casan, pudiéndolo hacer, por temor al..... nudo; y estos seres, baluarte de la gallardía, son víctimas de esa enfermedad social que desvigoriza la raza. Los que se casan por amor, dura éste lo que duran las energías y la ilusión que acapara sus sentidos. Los que por egoísmo persiguen un fin determinado y contraen matrimonio, al día siguiente de efectuado el enlace ya añoran el desenlace.

OTILIA

Maridos ganguistas; de éstos salen muchos topos.

DESAMPARADOS

No hay marido, aun admitiendo que esté enamorado de su mujer, que no desee la ajena. ¿La causa? Muy sencilla: que no aprecia en la mujer propia el aliciente que la ilusión le hace ver en las demás. Y a veces sucede que el gusto llega a degradación tal, que lo peor *condimentado* les resulta más.... *apetitoso*. ¿El por qué? La variación en el manjar. Esa es la verdad, Otilia; ¿para qué ir con tapujos?

OTILIA

¿Y hay derecho a que sea así?

DESAMPARADOS

¿Hay derecho a que tú ames a Enrique? ¿Quién puede evitar que tu mente no discurra más que para él; que tu corazón evolucione de forma tan despiadada, que lo que juraste a tu marido al pie del altar.....

OTILIA

Atajándola. ¡Desamparados!....

DESAMPARADOS

.....hoy sea un mito?

OTILIA

¡Lo peor de estos casos es el escándalo! Con remordimiento.

DESAMPARADOS

¡Cuántas faltas cometeríamos las mujeres si no existiera el temor al escándalo que tú dices! Si las ténues gasas del secreto cubrieran con pudor las maldades propias.....

OTILIA

Seríamos felices, ¡que duda cabe! Y si la Ley no estuviera hecha por los hombres, surgirían de ella razones de equidad. ¿Cuántos fines no se conseguirían si se implantara el divorcio?

DESAMPARADOS

En España no existe esa Ley, porque los timoratos, los pobres de espíritu, que son los más, se espantan cuando la luz del progreso trata de esparcir sus rayos

en el ambiente de la verdad y del bien. ¿No es doloroso que el amor no pueda santificarse en esos seres que viven fuera de la legalidad?

OTILIA

Yo entiendo que del mismo modo que se hacen las cosas, pueden deshacerse; del mismo modo que se promulga una Ley, debe existir otra que repare el daño producido; así opino y así seguiré opinando, siempre que el sentido común tenga arraigo en mis ideas.

DESAMPARADOS

Recapacita y verás, tú que ves la vida de otra forma, porque tu flaqueza ha llegado al extremo de enamorarte de un hombre, que quizá no te entienda, si no por la impureza; recapacita, Otilia, y verás a lo que conducen *ese sin fin* de ideas, y los inconvenientes que tiene el entregarse, sin comedimiento, en brazos de Cupido. ¿Qué quedaría de ese amor que sientes con ansia loca, si llegara a vías de hecho? ¿Qué quedaría..... Otilia permanece cabizbaja. una vez conseguido el capricho? Desilusión; remordimiento de la falta cometida.

OTILIA

¡No me atormentes!

DESAMPARADOS

¡Desecha de tu mente la imagen de ese hombre! ¡Piensa que es amigo de tu esposo!

OTILIA

Desamparados, no puedo sustraerme a ese hombre. Estoy loca, inmensamente loca por él.

DESAMPARADOS

¿Pero, de qué locura? De la que no tiene remedio, y después, los medios de que te vales para alejar a tu esposo.

OTILIA

Todas las armas son lícitas para conseguir el amor que tanto deseo.

DESAMPARADOS

¡Otilia!... Piensa lo que haces. Levantándose.

OTILIA

Lo intentaré.

DESAMPARADOS

Piensa que el traslado de tu esposo pudiera acarrearte sendos perjuicios.

OTILIA

Dispuesta estoy a todo.

DESAMPARADOS

Aun es tiempo. ¿Aviso a Enrique?

OTILIA

Después de ligera vacilación. No; yo iré.

DESAMPARADOS

Lo que quieras. Inicia el mutis. Razona, que estás obcecada.

OTILIA

Adiós, Desamparados.

DESAMPARADOS

Adiós. Vase por el foro.

ESCENA VII

OTILIA

Que habrá acompañado a Desamparados hasta la puerta del foro, baja a primer término y siéntase ensimismada. Su cerebro lucha; sus ideas la absorben. Después de la pausa que crea necesaria, dice:

OTILIA

¡Que razone! ¡Si la razón está de mi parte! ¡Si en esta lucha, mi corazón lleva terreno ganado! ¡Que razone....! ¡Si ese hombre, con sus intemperancias, hará que me coloque fuera de la Ley. Toca el timbre.

ESCENA VIII

OTILIA y DOMÉSTICA

DOMÉSTICA

¿Manda la señora?

OTILIA

Mi mantilla. Vase la Doméstica. ¡Esto es insufrible!

ESCENA IX

OTILIA y CARLOS

CARLOS

¿Salió Desamparados?

OTILIA

Hace un momento.

CARLOS

Se conoce que estáis muy atareadas. ¿La quieres de verdad? Esa amiga es tu mejor confidente. ¡Debe saber tantas cosas....!

OTILIA

Con despecho. Las que tú ignoras.

CARLOS

Hay momentos que lo creo así; que protege tus demasías.

OTILIA

Le has tomado ojeriza. ¡Así correspondes a sus benevolencias para con nosotros!

CARLOS

Extrañado. ¡Benevolencias!.... Cada día que pasa entiendo menos el lenguaje con que te expresas. ¡Benevolencias....!

OTILIA

Recelos infundados te obligan a formar prejuicios que están muy lejos de la realidad.

CARLOS

¡Recelos infundados.....! ¡Cuán cambiada estás! ¡Tú no eres la misma!

OTILIA

Está bien; dejémonos de discusiones y violencias.

Sale la Doméstica y entrega a Otilia la mantilla.

CARLOS

¿Vas a salir?

OTILIA

Sí. Necesito pedir a Dios que ilumine tu entendimiento y, al propio tiempo, visitar a las de Galván, que tienen a su padre enfermo de algún cuidado, y nosotros tan desatentos, sin preocuparnos de la salud del enfermo.

CARLOS

Es mucha abnegación en ti preocuparte de los demás, y, sin embargo, ahí tienes a tu pobre hija tan falta de cariño.

OTILIA

Siempre tratas de zaherir cuando hablas.

Pónese la mantilla.

CARLOS

¿Vas a salir sola?

OTILIA

Naturalmente; a visitar enfermos, cuando más diligencia mejor empleado el tiempo. La religión nos dice que debemos practicar actos de caridad.

CARLOS

¡Actos de caridad para el extraño; actos de inhumano abandono para los seres que te rodean! ¡Bonita religión! ¡Cuánta hipocresía! Si Jesucristo volviera al mundo y contemplara tanta desnudez de alma, tanta perversidad de espíritu, tanta ingratitud en los corazones de sus fieles, avergonzado, se ahuyentaría de vosotros por no presenciar corrupción semejante.

OTILIA

¿Te propones, como de costumbre, hacer algún discurso para convencerme de que tus ideas son cada vez más contraproducentes a las mías?

CARLOS

No trato de hacer discursos; al mal entendedor no le gustan las razones basadas en la verdad que tú desconoces.

OTILIA

Eso es un infundio,

CARLOS

Tu vida no es más que un enjambre de embustes y un continuo fingimiento. No posees más atractivo que hacer ver a los demás lo que no tienes: sentimientos que

demuestren tu alma de mujer candorosa y amante de su hija.

OTILIA

Es tu eterna pesadilla. ¿Acaso amas a tu hija más que yo?

CARLOS

Acabo por dudarlo. Visto tu modo de proceder, me desconcierto al escucharte. ¡Eres cínica! ¡No te creía capaz de tanto!

OTILIA

Comprendo que haya incompatibilidad en nuestro modo de ser. Lo que no estoy dispuesta a tolerar es ese ambiente de duda que encuentro en ti, cuando juzgas los actos ajenos, sin querer apreciar la insuficiencia de los propios.

CARLOS

¿Qué quiéres decir? ¿qué obro mal al permitirme darte un consejo?

OTILIA

¡Un consejo de hereje! ¿Qué puede salir de tu boca más que herejías?

CARLOS

¡Cuán pernicioso es el fanatismo! Tú amas mucho a Dios, mas te olvidas de tus semejantes! Tu ideal es volar en alas de la fantasía. ¡Vives en el peor de los mundos!

OTILIA

Eres ateo y tus opiniones lastiman mi fe religiosa.

CARLOS

El padre Anselmo acabará por perturbarte lo único que tienes sano: la lengua.

OTILIA

¿Qué tiene que ver el padre Anselmo con que tú seas escéptico en tus cosas?

CARLOS

Si en vez de escuchar la palabra de ese hombre que sólo trata de empobrecer tu alma, cumplieras con tus deberes de esposa, no sucedería lo que sucede.

OTILIA

Carlos, me obligarás a que te odie más de lo que te odio, con esa manera que tienes de interpretar las cosas a tu voluble capricho.

CARLOS

Otilia, sigue tu camino. Pídele a Dios que ilumine mi entendimiento; pídeselo con mucho fervor; ¡te lo ruego!

OTILIA

Comprendo que estás falto de él. De otro modo, no dudarías de mis buenos propósitos. Tus ideas son perniciosas; a nada conducen.

Después de fijar su mirada altiva en Carlos, hace mutis por el foro.

ESCENA X

CARLOS

Contrariadísimo. Siempre lo mismo; esto no es vida. ¡Ah, Otilia! ¡Cuán engañada vives! Para ti no existe más ley que tu albedrío. ¡Quién sabe a dónde te conducirá ese misticismo que ha hecho de ti una mujer insoportable! ¡Qué desgraciada eres! Siéntase muy abatido.

ESCENA XI

CARLOS y ELVIRA, que entra corriendo por el foro; es una niña muy desenvuelta e inteligente

ELVIRA

¡Papá, papá!

CARLOS

¿Qué quieres? Le da un beso.

ELVIRA

¿Has visto a mamá?

CARLOS

Hace un momento ha salido. Ya volverá.

ELVIRA

¡Tú siempre me dices lo mismo!

CARLOS

¡Hija mía! La abraza. ¿Qué quieres que te diga?

ELVIRA

Mamá no me quiere como tú. Nunca me besa. El otro día le pregunté por qué no me besaba, y ¿sabes qué respondió?

CARLOS

¿Qué?

ELVIRA

Que besar está muy feo; que las niñas no deben acostumbrarse a besar a nadie.

CARLOS

De poco tiempo a esta parte piensa tu mamá así.

ELVIRA

Pues yo sí quiero besarte. Siéntase sobre sus rodillas y le abraza y besa con frenesí.

CARLOS

¡Hija mía!....

ELVIRA

¿Por qué no me quiere, papá? ¿Soy mala? A ti tampoco te quiere.

CARLOS

¡Hija! Con tristeza.

ELVIRA

Sí. Ya sé que no te quiere. Dice que eres malo, que eres..... ya no me acuerdo! ¡Ah, sí! Dice que eres ateo. ¿Qué es eso, papá?

CARLOS

Eres muy pequeña para comprender lo que tu mamá dice.

ELVIRA

El otro día decía que tú no irás al cielo; que eres un hereje; que te preocupas demasiado de las cosas de este mundo.

CARLOS

¿Eso dice tu mamá? Con desaliento.

ELVIRA

¡Y muchas cosas más!

CARLOS

Que a ti no te interesan ¿verdad, hijita?

ELVIRA

Sí que me interesan, papá. Yo quiero aprender mucho, mucho.

CARLOS

Está bien. ¡Tu papá quiere que aprendas mucho..... mucho! Queda besando a la niña y, absorbido por pensamientos intensos, deja a la niña sin darse cuenta y queda pensativo, ensimismado. Larga pausa.

ELVIRA

¿Qué tienes, papá? ¿Te has puesto enfermo?

CARLOS

No, hija; no es nada.

ELVIRA

¿Me quieres mucho?

CARLOS

¡Mucho!

ELVIRA

¡Dame otro beso! Carlos besa a la niña y toca el timbre.

ESCENA XII

Dichos y DOMÉSTICA

DOMÉSTICA

¿Llamaba el señor?

CARLOS

Llévese la niña y prepare el almuerzo.

ELVIRA

¿La mamá vendrá a comer?

CARLOS

Sí; vendrá.

ELVIRA

Se ha marchado sin darme un beso. Llora.

CARLOS

No llores, nena. Cuando vuelva, te dará dos, tres, los que quieras, anda.

ELVIRA

¡No me quiere, papá; no me quiere!

Vase, llorando, con la Doméstica.

ESCENA XIII

CARLOS. Al final DOMÉSTICA.

CARLOS

¡Infeliz criatura! ¡Qué culpa tienes de que tu madre sea insensible a tus caricias! No se preocupa de que en el mundo vives. ¡No es madre esa mujer! ¡Y si lo es, no lo parece!

DOMÉSTICA

Por primera izquierda. ¡Señor!

CARLOS

¿Qué hay?

DOMÉSTICA

Un caballero, pregunta por la señora.

CARLOS

¿Por la señora? Extrañado. Que pase. Mutis Doméstica foro. ¿Por la señora? ¿Quién puede sèr?.... No acierto.

ESCENA XIV

CARLOS y ENRIQUE. Al final la DOMÉSTICA

ENRIQUE entrará por el foro con el desenfado natural de quien conoce el terreno que pisa. Jovial, alegre, de concepción rápida, hablará con mucho énfasis.

ENRIQUE

Amigo Carlos ¿qué tal? Dirígese a Carlos dándole la mano. Este no hace mención alguna. No hubiera creído nunca que en tu casa se recibiera de esa forma a los amigos.

CARLOS

¿Pero, es a mí a quien buscas?

ENRIQUE

¡Naturalmente!

CARLOS

No das pruebas de ello, cuando preguntas por mi mujer.

ENRIQUE

¿Vas a sacar consecuencias de ello? Se pregunta por las señoras, porque los maridos nunca, o casi nunca, están en casa.

CARLOS

¿Es moda? Lo pregunto porque yo no entiendo de esas cosas.

ENRIQUE

No es que sea moda precisamente, es que hasta cierto punto halaga más preguntar por tu mujer que por ti. Movimiento de extrañeza en Carlos. Me explicaré. No me conoces de ayer. Nos conocemos de toda la vida; cursamos la misma carrera y llegamos a la cúspide, como dice el clásico: «el uno del otro en pos». Ya sabes que uno gusta de cumplimientos y reverencias. Tú, como tienes sentido común, no eres capaz de doblar el espinazo, pero las mujeres sí. No porque sean débiles, sino que gustan del halago y la lisonja, y además (esto va en la condición de ellas) no tienen miedo al ridículo. Así es, que no me esforzaré en demostrarte que una palabra, sobre todo bien dicha, deslizada con precisión al oído, es un monumento de simpatía que uno recoge, sin haber sembrado un grano tan sólo en campo donde fructifica.

CARLOS

Entonces, ahí va mi mano.

ENRIQUE

¿Y es que la doméstica te ha dicho que, yo....? Aparte. (¡Mal tiro le den!....)

CARLOS

No extraño tu pregunta. No es la primera vez que preguntas por ella. Sin duda te interesa mi mujer.

ENRIQUE

Me interesa tu mujer, me interesas tú..... pero me interesa más ella.

CARLOS

¡Me asombra tu sinceridad! Las cosas claras, ¿eh?

ENRIQUE

Te diré. Tu eres un buen amigo y ella es..... una buena amiga.

CARLOS

¿Buena?

ENRIQUE

Una buena amiga. A ti, te considero; a ella, la admiro. ¿Por qué? Porque tiene un algo de que tú no te has dado cuenta.

CARLOS

Concretemos, concretemos.

ENRIQUE

Verás. Tú vives para el trabajo, vives del trabajo y no ansías más que el trabajo. Como te hastía tu mujer, no te preocupas de ella. Para ti pasó la época en que un simple movimiento, una mirada caída, una sonrisa graciosa, un ademán desenvuelto o un suspiro..... más desenvuelto todavía, te alegraban la existencia, te hacían ver las cosas de colores sonrosados y te pasabas las horas libando en la flor cuya miel embargaba tus sentidos. Un trastorno era causa de que tu vida estuviera desprovista entonces de la materialización de que hoy rebosa. Este trance te ha hecho olvidar lo mucho que vale tu mujer. Por eso yo, que veo las cosas con la amplia despreocupación de quien está libre de asechan-

zas, me encuentro en el caso de poder apreciar los méritos que posee tu mujer, y esto hace que sienta por ella una admiración sin límites.

CARLOS

Bien, muy bien; veo que posees el don de la palabra y sabes saturar las cosas con la aureola de la simpatía y, sobre todo, de la sinceridad. Pero yo quisiera que me explicaras con más claridad; quisiera saber si esa admiración que sientes por mi mujer, data de ahora o hace tiempo que la sientes.

ENRIQUE

Sin darme cuenta estoy amontonando en tu cerebro ideas, y una preocupación nueva renace en ti, la cual siento que vaya más allá de su natural destino.

CARLOS

Cierto.

ENRIQUE

Ante todo deseo una categórica contestación: ¿Me consideras como un amigo?

CARLOS

Sí.

ENRIQUE

¿Dudas de mis palabras?

CARLOS

¿Dudar yo? No dudo de un amigo; si dudara dejaría de serlo para convertirme..... en..... ¡qué se yo!

ENRIQUE

Con nerviosidad. Bueno; bajo ese aspecto, voy a demostrarte el por qué de mi admiración. *Pausa.* Admirar una cosa, es asombrarse de ella, contemplarla, ensalzarla..... ¿Quién que vea a tu mujer dejará de contemplar su físico, ensalzar sus virtudes y asombrarse de la paciencia que se necesita para vivir, sujeta a la interrogación de las gentes, que no paran en mientes para despellejar al prójimo?

CARLOS

Entendámonos: ¿Has dicho que mi mujer es virtuosa? ¿Es cierto?

ENRIQUE

No afirmo; lo parece. Sobre ese tema tengo mi opinión particularísima.

CARLOS

Tendría un verdadero placer en saber cómo piensas.

ENRIQUE

Difícil es explicar en los tiempos que corremos lo que significa y a lo que conduce la virtud. Solamente haré constar el hecho de que, tras esa palabra, se escudan muchos vicios.

CARLOS

Ciertísimo. Coincidimos en un todo; tú mismo vienes a darme la razón respecto de la conducta de mi mujer.

ENRIQUE

¿Quiéres decir que tu mujer no es virtuosa?

CARLOS

Estoy en tu mismo trance. No afirmo, lo parece. No puedo explicarme, por muchas vueltas que le dé al asunto, a qué obedece su evolución en materia religiosa. Hay momentos en que de su boca emanan conceptos tan espúreos, que acabo por dudar si es locura o es fanatismo lo que induce a su continua verborrea.

ENRIQUE

Con interés. ¡Habla bien tu mujer!

CARLOS

¡Ah, sí! Habla mucho y razona como un alcornoque.

ENRIQUE

Ya es razonar.

CARLOS

Ahora se ha metido en la Asociación esa, llamada de las buenas costumbres, y ha tomado la mala costumbre de no estar nunca en casa.

ENRIQUE

Su finalidad no debe ser mala.

CARLOS

¡Oh! Se ha hecho muy caritativa. Con énfasis. La caridad es emblema sacrosanto de la religión.

ENRIQUE

¿Ves? Todo hay que decirlo. Eso está muy bonito.

CARLOS

¡Muy bonito, ya lo creo! Como que hay un curita que seguramente la tiene trastornada, y no sale de la iglesia.

ENRIQUE

Aparte. (Este no conoce al cura; menos mal).

CARLOS

Esa va para santa. El día menos pensado la vemos en un altar, y yo, como parte integrante, ensalzando sus virtudes.

ENRIQUE

Haciendo el panegírico.

CARLOS

¿Verdad que tendría gracia, Enrique? *Riendo.*

ENRIQUE

La suficiente. Te sobra talento para ensalzarla.

CARLOS

¡Si oyeras qué bien se expresa! *Animándose.* Hace un momento me decía con mucha unción: «La religión nos dice que debemos practicar actos de caridad».

ENRIQUE

No razona mal.

CARLOS

¿Cómo?

ENRIQUE

El tiempo mejor empleado es el que se destina a la práctica del bien.

CARLOS

¿Desde cuándo piensas así?

ENRIQUE

Es una de las obras de misericordia más necesaria y altruísta: consolar al triste.

CARLOS

Exaltándose. Será muy necesario, pero es muy indecoroso abandonar sus obligaciones para consolar a un extraño; será todo lo caritativo que tu quieras, pero merece de mi parte el peor de los calificativos.

ENRIQUE

No te exaltes, Carlos.

CARLOS

Esto tendrá su solución. No va a tardar mucho.

ENRIQUE

¿Qué piensas hacer?

CARLOS

Tomar una determinación. No hablemos más de eso.

ENRIQUE

Lo que quieras. (Me partió).

CARLOS

Con aspereza. ¿Qué asunto te trae por aquí?

ENRIQUE

Pues..... ponerte en antecedentes de lo que quizás ignores. ¿Has recibido orden de la Dirección?

CARLOS

Ninguna.

ENRIQUE

Pues está acordado tu traslado a Medina del Campo.

CARLOS

Con extrañeza. ¿Mi traslado?

ENRIQUE

Sí, tu traslado.

CARLOS

Eso no puede ser. Es un atropello. Hoy mismo salgo para Madrid, a protestar ante el Ministro.

ENRIQUE

Eso pensaba yo, que debes salir para Madrid a protestar..... ante quien sea preciso.

CARLOS

Esto es inaudito; una felonía. Agitado.

ENRIQUE

Eso digo yo; algo más que una felonía.

CARLOS

Una burla sangrienta. ¿Quién será el autor de este atentado?

ENRIQUE

¡Chico!.... No me he podido enterar. Se ha llevado con tanta reserva la cosa.....

CARLOS

Debe ser obra de algún envidioso, algún despechado. ¡Por que has de saber que eso es una infamia!

ENRIQUE

¡Eso digo yo, una infamia! ¡Se burlan de ti!

CARLOS

¡Si supiera yo quien es!....

ENRIQUE

Aparte. (¡Demonio!) Quién sabe si esto te servirá como mérito para un ascenso en tu carrera. Chico, la cuestión es ascender.

CARLOS

¿Y mi mujer? ¿Y la niña? ¿Cómo dejo sola a mi mujer?

ENRIQUE

No te preocupes de tu mujer.

CARLOS

Mi preocupación es el cura que la está trastornando.

ENRIQUE

No le tengas miedo al cura, que no muerde.

CARLOS

Pero *roe*, que es peor.

ENRIQUE

Déjalo estar que *roa;* algo dejará sin hincar el diente.

CARLOS

Estoy decidido. Mira el reloj. Las nueve y cuarto. A las once sale el rápido. Toca el timbre.

DOMÉSTICA

¿Llamaba el señor?

CARLOS

Prepare el equipaje.

DOMÉSTICA

Al momento. Vase primera izquierda.

ENRIQUE

¿Y qué piensas decirle al Ministro?

CARLOS

¡Qué sé yo! Lo que se me ocurra. Paséase agitado. Estos señores se han creído que pueden obrar impunemente, y yo les demostraré lo contrario. ¡Sin consultarme siquiera!.... ¡Qué dirá don Alberto cuando se entere!

ENRIQUE

Pues..... que te suceden cosas muy peregrinas.

CARLOS

Una mano oculta trabaja en la sombra. ¿Quién será él? ¡Ah!.... ¡Ella, sí! ¡No..... no, no! ¡Sería monstruoso! ¡La duda!.... ¡Esta duda que perturba mis sentidos! Con decisión. ¡Enrique!

ENRIQUE

¿Qué?

CARLOS

Concluye de trazar ese plano. Escala uno por mil. Pon cuidado en las medidas, que son de absoluta precisión.

ENRIQUE

¿Te vas?

CARLOS

Sí. Necesito deshacer la bola de nieve que haya podido formarse en rededor de este asunto. Sale Otilia. Necesito contrarrestar los efectos de resolución tan imprevista.

ESCENA XV

CARLOS, ENRIQUE y OTILIA

OTILIA

¿Te vas?

CARLOS

Sí. Enrique me ha puesto en conocimiento de lo que se trama contra mí.

OTILIA

¿Qué trama es esa?

CARLOS

Mi traslado a Medina del Campo.

OTILIA

¿Y esos son los efectos que piensas contrarrestar?

CARLOS

¿Te parece poco?

OTILIA

¡Quién sabe si ese traslado te servirá como merito para un ascenso en tu carrera.

Carlos quédase inmutado y mira a los dos fijamente.

CARLOS

No deja de extrañarme esta coincidencia. ¿Los dos pensáis que es un mérito para un ascenso?

OTILIA

No tiene nada de particular. Dos personas pueden pensar lo mismo, cuando se trata de un asunto en que tiene relación una cosa con otra.

ENRIQUE

Lo mismo pienso yo.

CARLOS

¡Los dos pensáis lo mismo!

ENRIQUE

Concedes interés a una cosa que no la tiene, Carlos.

CARLOS

No participo de tu creencia. Del menor detalle puede deducirse acaso el esclarecimiento de un hecho vago e indeciso.

ENRIQUE

Eso es incongruente.

CARLOS

Verdad no hay más que una. Quien se aparta de ella y labora en las intrincadas sendas de la mentira, no puede llegar a puerto de salvación.

ENRIQUE

Confieso mi ignorancia. No te entiendo.

Salen Elvira y la Doméstica con el equipaje.

CARLOS

O no quieres entenderme, que no es lo mismo. ¡Vaya, se me hace tarde!

ESCENA XVI

CARLOS, ENRIQUE, OTILIA, ELVIRA y DOMÉSTICA

ELVIRA

¿Te vas, papá?

CARLOS

Sí, vidita.

ELVIRA

¿Volverás pronto?

CARLOS

Pronto.

ELVIRA

Tráeme un juguete.

CARLOS

Sí, rica. *Le da un beso.* Aprende. *A Otilia.*

ENRIQUE

¿Quiéres que te acompañe?

CARLOS

No es necesario; concluye ese plano y lo mandas a la Dirección, excusándome.

ENRIQUE

De acuerdo.

CARLOS

¡Y tú, flor mística! *A Otilia.*

OTILIA

¿Ya has olvidado mi nombre?

CARLOS

Mándame a decir el día que te canonicen.

OTILIA

¡El día que tú recobres el juicio!

CARLOS

Ese día estarán de luto las estrellas.

OTILIA

Con ironía. ¿Tanto lo van a sentir?

CARLOS

¡Tanto! Vaya, adiós.

ENRIQUE

Adiós, Carlos.

OTILIA

¡Adiós!

Salen por el foro, Carlos, Elvira, Doméstica y Enrique.

ESCENA XVII

OTILIA

¡Adiós, Carlos! No es posible que nos entendamos. Aunque quisieras no podrías recobrar mi voluntad que has perdido con tus intemperancias, con tu ironía sistemática y displicente. Tu alma ya no existe; tu corazón está muerto. Puse en ti el mayor de mis anhelos. Creí en ti cuando, ansiosa de cariño, buscaba en tus brazos la mentida felicidad. A tu lado sólo encontré asperezas; el vivir inquieto de quien sólo se preocupa de satisfacer sus instintos y no recrea el espíritu en la belleza del



alma, que es donde se producen las mejores sensaciones. ¡Te compadezco; eres un cadáver!

ESCENA XVIII

OTILIA y ENRIQUE. Al final CARLOS

Enrique, personaje enfático de sí, debe en esta escena perder todo el carácter antedicho. Muy comedido, y hasta con recelo de sí mismo, se pondrá a trabajar como Carlos le ordenara. Otilia, sentada, se mostrará inquieta con el temor convincente de que va a obrar mal, y teme llegue el momento de declarar a Enrique la pasión que le domina.

Confío al talento de los actores el colorido de esta escena.

ENRIQUE

Aparte. Esto se pone malo. Bien dijo el poeta: Un matrimonio mal avenido, es la soledad de dos en compañía. Pausa.

Otilia mira a hurtadillas a Enrique y le contempla con sublime éxtasis. Este no se atreve a mirar con firmeza, y baja la mirada con sonrojo.

OTILIA

¿Ha visto usted, Enrique? ¿Cree posible que podamos entendernos? ¿Se ha percatado de su manera de pensar y decir las cosas?

ENRIQUE

¡Lo deploro!

OTILIA

Pues todo el día lo pasamos así.

ENRIQUE

Pues, en mi humilde concepto, no es la mejor manera de entenderse.

OTILIA

Por eso he conseguido su traslado; por eso le odio; por eso le aborrezco.

ENRIQUE

Otilia, sentiría que sus sentimientos llegaran a la crueldad. Carlos es bueno; su carácter es soportable; su conducta.....

OTILIA

Ya sé lo que me va a decir: su conducta es irreprochable.

ENRIQUE

Cierto.

OTILIA

Conoce usted lo superficial; ignora usted lo íntimo..... No puede juzgarle como yo..... Se me ha hecho odioso, porque es escéptico. Su prurito ha llegado al extremo de tenerme en acecho. Eso de no tener confianza con su mujer, no lo admito.

ENRIQUE

¿Es celoso?

OTILIA

¡Ni soñarlo!

ENRIQUE

No comprendo pues.....

OTILIA

Rarezas. Los hombres no deben ser así. Ese desvío, ese desprecio, esa manera de decir las cosas, saturadas de ironía, no es propio de un marido que quiera a su mujer.

ENRIQUE

Empieza usted por declarar que no le quiere; que le aborrece.

OTILIA

Sí. Es verdad; le aborrezco con toda el alma. Le quise en otro tiempo, cuando ignoraba lo que es el mundo. Hoy..... no le quiero, y la Ley, esa Ley que desprecio por injusta y arbitraria, me obliga a estar bajo su yugo. Pausa. Quisiera ser libre como los pájaros, que hacen su nido donde mejor les place. ¿No opina usted que es ese el mejor modo de vivir?

ENRIQUE

Opino que sus ideas son muy peligrosas.

OTILIA

Yo entiendo lo contrario.

ENRIQUE

Otilia, no vivimos en un ambiente donde la mujer puede desenvolverse con la facilidad que usted desea.

OTILIA

Hasta en eso son ustedes cobardes. La mujer debe ser fuerte ante el peligro. Es la única manera de mejorar la raza, ya que los hombres no se preocupan de ello. Nosotras debemos, con nuestros actos, demostrar que la mujer vale tanto como el hombre. Ya que la sociedad nos considera como débiles seres, yo puedo argumentar que el imperio de la fuerza no es el mejor medio demostrativo de que el hombre vale más que la mujer. Pausa. ¡No son hombres todos los que lo parecen!

ENRIQUE

¿A qué viene eso? ¿Va usted a negarle a su marido esa condición?

OTILIA

Sería negar la evidencia. Mas no rinde el culto que merece a su mujer. Es un materialista. Su egoísmo es superior a sí mismo.

ENRIQUE

¡Acaso no se hará usted acreedora a ello!

OTILIA

Diferimos en todo. Yo sólo creo en la existencia del amor. Él tiene a todas horas la virtud en la boca; con ese fantasma cree acallar mis ímpetus.

ENRIQUE

¡Otilia!

OTILIA

No lo conseguirá, Enrique. He nacido para el amor.

Él es el que mantiene enhiesta en mi corazón la esperanza de desposeerme de los convencionalismos a que estamos supeditados en la actual sociedad.

ENRIQUE

¡Desvarío!

OTILIA

Yo siento ansias de amar mucho, ¡mucho!.... Por eso me enamoré de usted..... Por eso le quiero; por eso le adoro.

ENRIQUE

Otilia, no sea usted loca. Considere que esto, más que una locura, es una insensatez, de la que quizás nos arrepintamos.

OTILIA

Con mucha altivez. ¡Arrepentirme! Usted no me conoce, Enrique. Tengo el valor de sostener mis actos. No concibo que un marido sea tirano; la nobleza debe imperar en los sentimientos. La tiranía engendra odios.

ENRIQUE

Creo injustificada nuestra conducta. Carlos es bueno.

OTILIA

Con exaltación paulatina. Enrique, no me juzgue como los demás. Al menos, ya que es usted el motivo de mis ansias, compadézcame si me cree loca, mas no trate de disuadirme de mis actos. Yo necesito amarle con todas mis fuerzas. Veo en usted algo superior a los demás.

ENRIQUE

¡Otilia, por Dios!

OTILIA

¡No se arrepienta de querer a una mujer, que le quiere con delirio, que le ama con locura....!

ENRIQUE

¡Otilia! Muy de agradecer son esas muestras efusivas de su cariño. Usted me obliga a quererla, pero con respeto, con un respeto que nunca podría tomarme la libertad de decir: ¡eres mía! No es temor a nada lo que me cohibe. Es el recuerdo del amigo el que ensombrece mi entendimiento al verme frente a una mujer que no es mía, que no me pertenece, que la deseo..... pero que no es mía.

Sale Carlos y, sin perder la serenidad, contempla con estupor la escena, desde el umbral de la puerta.

OTILIA

Sí, Enrique. ¡Tuya nada más! ¡Siempre tuya! ¡No puedo vivir sin ti!

ENRIQUE

¡Otilia!

OTILIA

Te querré toda la vida. Con entonación. Nadie podrá impedir que mi pensamiento viva en constante actividad. Si tú eres mi alegría; si el amor me guía hacia ti, ¿por qué le hemos de poner cortapisa?

ENRIQUE

¡Esto es una locura!

OTILIA

No, Enrique; el amor lo puede todo. Su poder es infinito. ¿Quién puede impedir que te ame? ¿Quién puede arrancarme de tus brazos?..... ¿Quién tiene derecho a..... Al ver a Carlos. ¡Ah!

ENRIQUE

¡Carlos!

ESCENA IX

Dichos, y CARLOS

CARLOS

Avanzando. *¡No puedo ser de nadie mas que tuya!* Con mucha ironía. *¡Tú eres el único dueño de mi corazón!*

OTILIA

¡Carlos! Suplicante.

CARLOS

Con intención marcadísima y mirando fijamente a Otilia.

¡Ya ves qué bien las recuerdo! Parece que fué ayer y, sin embargo, ¡cuántos días han pasado! La acción del tiempo ha borrado de tu memoria lo que el corazón, en un momento de febril ansiedad, te impulsó a pronunciar

esas palabras. *¡No puedo ser de nadie mas que tuya!* Pausa. ¡Con qué pasión las pronunciaste! ¡Ironía de la vida! Ayer mandaba yo en tu persona; hoy asume éste el mando que tú le entregaste....

OTILIA

¡Carlos!.... Interrumpiéndole.

CARLOS

El cual, alevosamente, arrancaste de mis manos.

ENRIQUE

Carlos, yo te explicaré.....

CARLOS

¿Por ventura soy yo quien te pide explicaciones? ¡Guárdalas! Del mismo modo que te permitiste atropellar mi derecho, oculta el secreto de tu vil conducta; no creo que tu osadía llegue al extremo de explicarme lo que no podrás justificar nunca, aunque el ingenio de tu inventiva cuente con los requisitos del convencimiento.

ENRIQUE

Eres injusto al hacer apreciaciones que están fuera de lugar.

CARLOS

Siempre fué *injusto* el que, asumiendo la razón, fué en su derecho atropellado. El *justo* está, sin duda, en su cabal juicio, cuando se permite atropellar las Leyes, contando con la impunidad de las personas.

ENRIQUE

No puedes probar que haya faltado, en nada, a la dignidad de tu persona.

CARLOS

Con extrañeza. ¡Dignidad!.... ¿Pero qué entiendes tú de estas cosas? Empiezas por desconocerla y, sin embargo, estoy concediéndote beligerancia, cuando no mereces más que mi desprecio.

ENRIQUE

Estoy a tu disposición. Es mucha tu desconsideración para con un amigo.

CARLOS

Un poco exaltado. ¿Y te atreves a decirlo cuando, cínicamente, has demostrado todo lo contrario?

ENRIQUE

Es discutible tu modo de proceder.

CARLOS

¡Basta! *Señalando imperiosamente.* ¡Esa es la puerta!

ENRIQUE

¡Repito que estoy a tu disposición!

CARLOS

¡Repito que es esa la puerta! Usaré de mi derecho cuando la oportunidad lo exija.

Enrique sale, con altivez, sin atreverse a pronunciar palabra.

ESCENA X

CARLOS y OTILIA

CARLOS

Siéntate ahí, y hablemos con claridad.

OTILIA

¡Carlos!....

CARLOS

¡Siéntate, he dicho!

OTILIA

Yo te juro.....

CARLOS

Con energía. ¡Que te sientes! Otilia se sienta. ¡Nunca pude pensar que llegaras a este extremo!

OTILIA

¡Dios mío!.... ¡Qué va a ser de mí!

CARLOS

Quisiera saber, mujer veleidosa, ¿por qué has hollado mi dignidad?.... ¿cual ha sido la causa? ¿por qué has convertido este recinto, de honradez inmaculada, en centro libertino?

OTILIA

¡Carlos!.... Suplicante.

CARLOS

Razones es lo que quiero; motivos que demuestren el por qué de tu conducta.

OTILIA

He sido mala, pero.... ¡perdóname! ¡Ten piedad de mí!

CARLOS

¡Piedad de ti! ¿Acaso tú la has tenido de tu pobre hija? ¿Has pensado, en los momentos de lujuriosa pasión, en la dignidad de tu marido? ¿Es esa desventurada criatura merecedora de tener por madre un ser abyecto, un ser impuro?....

OTILIA

Fué un momento de extravío.....

CARLOS

¿Y tu virtud? ¿Y tu juramento? ¿Y tu conciencia? ¿La tienes acaso, miserable? Asiéndola del brazo.

OTILIA

Con mucha humildad. ¡Perdóname!.... ¡Fué una alucinación!.....

CARLOS

Con mucha ironía. ¡Cómo os habréis reído de mí! ¡Con qué fruición habréis paladeado el fruto de vuestra infame conducta! ¡Él!.... ¡El amigo, el *cariñoso* amigo, ha querido compartir en amigable consorcio lo que únicamente a mí pertenecía, ¡lo que era mío! ¡Cuán injusta has sido conmigo! Pausa. Pero, a ver..... ¡cuéntame!.....

Quiero compenetrarme de esa misteriosa fuerza impulsiva que ha inducido a tu corazón a albergar otro cariño.

OTILIA

¡No me atormentes!

CARLOS

¡Ah! ¡Mi curiosidad te conduce al tormento! Mi deseo de escuchar de esos mismos labios, que me juraron amor eterno, la odisea de una pasión que has *sentido* por otro, te coloca en situación de violencia, ¿no es eso?

OTILIA

Con desespero. ¡Eres implacable!

CARLOS

Con mucha ironía. ¡A ver!... ¡Cuéntame! Quiero solazarme con tu relato, que debe ser encantador. ¡Habla! ¡Te lo ruego!

OTILIA

Con amargura. ¡Qué cruel eres!

CARLOS

Al contrario: es una satisfacción que me debes; es poner en evidencia lo que nunca creí pudiera suceder..... Quiero me demuestres la *posibilidad* de lo que creía imposible..... de que amaras a otro.....

OTILIA

Con altivez. ¿Dudas acaso que la voluntad constituye una fuerza que se hace irresistible?

CARLOS

¡Ah! ¿Luego has obrado a impulsos de tu voluntad? ¿Luego tu corazón te ha acompañado en ese *idilio* amoroso? ¿Luego tu pasión ha sido *sentida* en lo más hondo de tu corazón? Con un interés reconcentrado. ¿Y es que tu corazón tenía derecho a *sentir* otra pasión que la que a mí me juraste? ¡Habla!

OTILIA

¡Carlos!

CARLOS

Es una explicación que te exijo y, por lo tanto, deseo que dés término a mi curiosidad.

OTILIA

Con resolución. Puesto que lo exiges, voy a demostrarte la *posibilidad* de lo que creías imposible.

CARLOS

¡Habla! Vamos a ver.....

OTILIA

Para comprender la magnitud de mi extravío es necesario encontrarse envuelta en un hálito embriagador que nos arrebata y nos impulsa.....

CARLOS

No divagues.

OTILIA

Tú no puedes darte cuenta de lo fruitivo que es en la mujer la sensación de lo nuevo, de lo inesperado. Tú

tienes corazón, ¡no lo niego!, pero no palpita con la celeridad que debiera, porque a vosotros los hombres, las leyes sociales os lo permiten todo.... ¡todo!, y a nosotras, por aquello de que no es correcto, la sociedad nos veda de albergar en nuestro corazón la sensación de una pasión sentida.

CARLOS

Déjate de disgresiones y concrétate al asunto.....

OTILIA

¿Que por qué he amado a otro? ¿Acaso puedo darme cuenta yo misma del *por qué?* ¿Puedo exteriorizar lo que mi corazón ha sentido? Si un impulso me condujo a la liviandad, no es a mí a quien tienes que hacer cargos. ¡La Naturaleza! He ahí la culpable, pues trastornó las fibras de mi corazón, sometiéndolo a una prueba irresistible, de la cual podrá haber salido maltrecho mi nombre, pero no mi honor!

CARLOS

Con estupefacción. ¡¡Impúdica mujer!! ¿Y tu virtud?

OTILIA

Confieso que no creo en ella.

CARLOS

¿Y te atreves a.....

OTILIA

Tú me induces a ello, puesto que juzgas una pasión que no has comprendido, y te propones sentenciar una

causa, ignorando los motivos que me han impulsado a ella.

CARLOS

Eso es lo que trato de saber: los motivos.

OTILIA

Hay cosas que no se pueden explicar.

CARLOS

Porque no tienen justificación posible.

OTILIA

Todos los actos de la vida tienen justificación posible, si van precedidos de la nobleza de sentimientos en quien tiene autoridad para juzgarlos.

CARLOS

¿Pero ignoras tú, mujer enfática, que existen leyes que sujetan a las personas a vivir bajo la acción de la justicia?

OTILIA

Con mucho énfasis. No ignoro la existencia de esas leyes, pero las considero faltas de equidad y de justicia, por cuanto a la mujer no se la conceden los derechos que, a juicio mío, la corresponden.....

CARLOS

¡Otilia! ¿Te propones discutir conmigo, cuando sustentas teorías que están fuera de la realidad?

OTILIA

Ese es tu parecer.....

CARLOS

Con fuerza persuasiva. ¿Y tus obligaciones para conmigo? ¿Crees posible que tu conducta se ha ajustado a los deberes de lealtad, de perseverancia, de fidelidad que vienes obligada a guardarme, o es que me has tomado como juguete de tus pasiones?

OTILIA

Nada de eso.

CARLOS

¿Crees que puedo consentir tus veleidades? ¿Crees que puedo soportar el peso de tu infamia, mujer indigna?

OTILIA

Llámame lo que quieras, te asiste el derecho, pero no la razón. Marcando mucho estas palabras.

CARLOS

¿Pero qué entiendes tú por razón? ¿Mi asentimiento a tus devaneos? ¿O es que fundas la razón en la propia *sinrazón* en que se basan tus actos?

OTILIA

¡No eres capaz de comprenderme!....

CARLOS

¡Explícate!....

OTILIA

Es tan difícil encauzar los deberes cuando se posee un corazón como el mío, tan sensible, que la menor sensación la percibe y.....

CARLOS

Exaltado. Los caprichos, querrás decir. Eso sois ciertas mujeres, ¡caprichosas! No poseéis más pasión que la que os atrae, y luego que quedáis satisfechas, el instinto, como mal consejero, os precipita en el terreno que más degrada a la mujer: la infidelidad.

OTILIA

No estoy conforme con tu manera de apreciar las cosas.

CARLOS

Otilia, estoy harto de tus teorías y de soportar la ironía que acompaña a tus palabras y tus actos por demás indecorosos.

OTILIA

Tú no has nacido para mí. *Movimiento de estupefacción en Carlos.* Los dos hemos tropezado en nuestro camino con los escollos más difíciles de resolver; los dos vemos las cosas de diferente manera, desde distinto punto de vista.

CARLOS

Compungido. ¡Eres tú quien no me ha comprendido!

OTILIA

¡O tú a mí! ¡Quién va a saber cual de los dos obra con mejor tino!

CARLOS

Con desaliento. ¡Vives la vida del ensueño, y la realidad neutraliza los efectos de tu fantasía soñadora!....

Con resolución. ¡Otilia, los dos no cabemos bajo el mismo techo!

OTILIA

¿Por qué?

CARLOS

Tú lo has dicho: yo no he nacido para ti; lo reconozco. Yo veo el mundo al través de la realidad de la vida; tú lo ves bajo el espejismo de una vida romántica, de una vida llena de ilusiones, sin más alientos que los que te ofrece la vida seductora en que cifras tus esperanzas. Vives fuera de la realidad.

OTILIA

¡Carlos!

CARLOS

¡Somos incompatibles!..... Se levanta. Desde este momento todo ha concluído entre los dos. Imperiosamente. ¡Abandona esta casa, este hogar donde la felicidad fué nuestro emblema, y donde nuestros corazones latieron al unísono, confortados por un espíritu que nos hizo resistir los azares de la vida!

OTILIA

¡Carlos!

CARLOS

Sal al momento. Y si el vivir sin derrotero te impulsa a recobrar con ansia el bien que por instinto has perdido, no te acuerdes de tu hija y de quien quiso hacerte feliz y no supo, porque dos corazones que latieron en

dos pechos diferentes y bajo un mismo techo, no se comprendieron jamás.

OTILIA

¡Carlos!

CARLOS

Sal al momento y no te acuerdes de mí. ¡Olvídame! ¡Hazte cuenta que no he existido; que no me conociste jamás; que todo fué una visión, una vana quimera!

OTILIA

¿Y es ese tu propósito? ¿Arrojarme de esta casa? ¿Acaso no hay nada aquí que me pertenece? ¿Ignoras que la Ley te obliga?

CARLOS

No ignoro la Ley, *pero como está falta de equidad y de justicia,* yo la infrinjo. «*Tú no has nacido para mí,* y cuando las cosas no tienen afinidad unas con otras; cuando sus factores se repelen entre sí, no debe existir Ley alguna que las sujete a un estado de constante unión.

OTILIA

¡Carlos!

CARLOS

¡Todo ha concluído!

OTILIA

¿De modo, que esa es tu voluntad?

CARLOS

¡Que salgas inmediatamente!

OTILIA

Pues..... ¡no salgo! Sentándose con resolución.

CARLOS

¡La paciencia tiene sus límites! ¡O te marchas, o me veré precisado a tomar medidas de violencia!

OTILIA

Llorando. ¡Medidas de violencia! ¡Así tratas a tu mujer!

CARLOS

¡No has dado pruebas de serlo!

OTILIA

¡Diez años de matrimonio; diez años hemos vivido bajo este techo que ahora me niegas y al cual tengo derecho! Se levanta. ¿Lo oyes? ¡Porque me asiste el derecho!

CARLOS

Te asiste el derecho, pero no la razón.

OTILIA

¿Por qué no?

CARLOS

Porque tu conducta no se ha ajustado a tus deberes.

OTILIA

¡La tuya es....!

CARLOS

¡Basta! Vete con ese adorador que puede hacerte muy feliz. Yo no puedo serlo ya.

OTILIA

Porque eres egoísta en extremo.

CARLOS

¡Vete!

OTILIA

Porque eres incapaz de sacrificar tu amor propio y la vanidad de que estás repleto.....

CARLOS

¡Vete!

OTILIA

Así sois los hombres ¡absolutos! Encima de ser egoístas, sois autoritarios. Conseguísteis vuestras libertades, y nos tratáis como esclavas.

CARLOS

¡Vete!

OTILIA

¡Queréis redimir a la humanidad y empezáis por degradarnos! ¡Amáis la autoridad de la fuerza y os ensañáis con el débil!

CARLOS

¡Vete ya!

OTILIA

¡Tratáis de dignificar a la mujer, y concluís por esclavizarla. ¡El derecho!.... ¡El supremo derecho! ¡La Ley!.... ¡La implacable Ley! Ese es vuestro programa; ese es vuestro escudo. ¡La ley!.... ¡El yugo para nosotras; para vosotros el libre albedrío! ¡Farsa!.... ¡Comedia!.... ¡Pura comedia!

CARLOS

Con desespero. ¡¡Vete!!

OTILIA

Sí, ya me voy; pero quiero que me oigas; quiero que te des cuenta de la enormidad que acompaña a tus actos atrabiliarios.

CARLOS

¡Si tratas de soliviantar mi ánimo, lo vas a conseguir! ¡¡Vete!!

OTILIA

¡Eres un cobarde!

CARLOS

¡Otilia, vete!

OTILIA

¡Te ensañas con el caído!.... ¡Tienes el alma negra! ¡Tienes corazón de tigre!

CARLOS

¡Por última vez! ¡Vete!....



OTILIA

Con resolución imperiosa. ¡No me voy!

CARLOS

¡Se me acabó la paciencia! La coje del brazo. ¡Sal al momento!

OTILIA

¡No!.... ¡no me toques! ¡Eres indigno de rozar tu mano con mi cuerpo! ¡No! ¡no me toques! Carlos la coge del cuello. ¡Cobarde!.... ¡Asesino!.... ¡Que me ahogas!....

Luchan cuerpo a cuerpo, siendo derribada Otilia sobre el chais-longe. Carlos queda ipnótico ante el acto cometido, y no sale de su estupor. Pausa.

ESCENA XI

Dichos y JULIÁN, por primera izquierda

JULIÁN

Al ver a Otilia, tumbada, su impresión no tiene límites. ¿Qué es esto? ¡Otilia! ¡Hija mía! Horrorizado. ¿Qué has hecho, Carlos?

CARLOS

Cumplimentar a la razón. Convencerme de que evolucionan las ideas, y eliminar de la sociedad un ser impuro, sin lógica ni raciocinio.

TELÓN RÁPIDO

FIN DE LA COMEDIA


3 0112 127853254

